

PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**NADIE
ES INOCENTE**

Fe

Rocco Sarto



PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

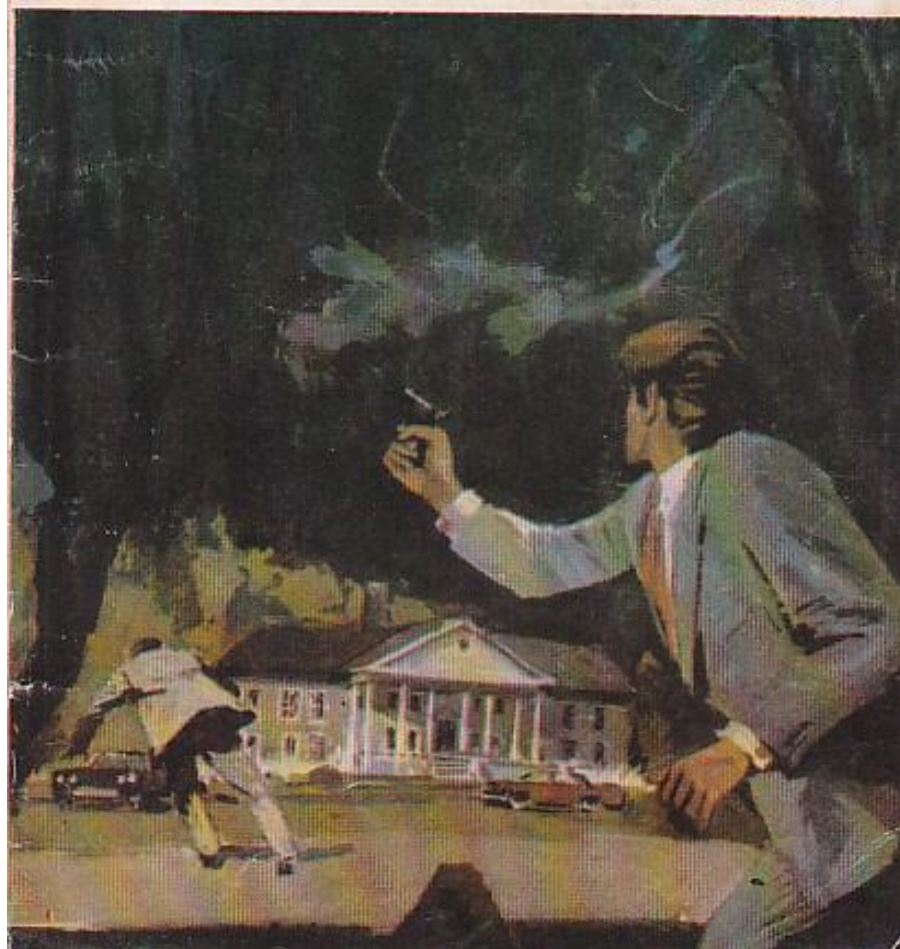
BOLSILIBROS

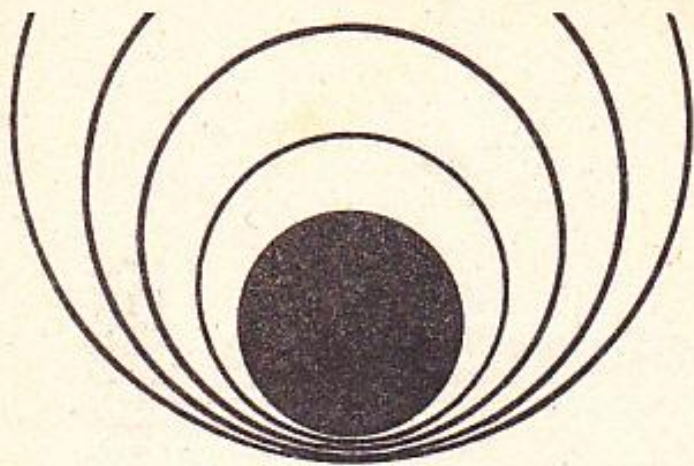


POLICIACO

NADIE ES INOCENTE

Fe
Rocco Sarto





PUNTO ROJO





ROCCO SARTO

NADIE ES INOCENTE

Colección PUNTO ROJO n.º 1.138 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA
EDITORIAL

En Colección KANSAS:

1.302 — Joe Laredo.

En Colección PUNTO ROJO:

1.129 — Un caso particular.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.745 — Réquiem para un soñador.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

680 — El paladín de la pradera.

ISBN 84 02 02520 X Depósito legal: B 42.643 1983

Impreso en España Printed in Spain

1.a edición en España: marzo. 1984

1. a edición en América: setiembre. 1984

© Rocco Sarto • 1984

texto

© Desilo • 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.

A Camps y Fabrés. 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1984

CAPITULO PRIMERO

El mar era un inmenso espejo azul, verde, violeta y blanco. El sol brillaba en lo alto y el cielo estaba despejado. La brisa cálida llegaba desde el Este y alteraba levemente la tersa superficie de las velas. Algún pez, fugazmente, rompía la lineal monotonía del agua con un breve salto que hacía brillar las escamas contra el horizonte.

Era un día maravilloso.

El velero se desplazaba lentamente propulsado por un pequeño motor que compensaba la falta de viento. Era una embarcación que no alcanzaba los diez metros de eslora y en su pulido casco de madera se leía el nombre en letras amarillas: *Sabrina*.

En cubierta, una mujer tomaba el sol. Un minúsculo trozo de tela roja destacaba entre sus piernas morenas. Los pechos, grandes y duros, recibían los rayos del sol en la piel desnuda y bronceada. Un par de gafas de cristales ahumados protegían sus ojos y en su mano derecha descansaba una copa con zumo de naranja. El pelo caía, negro y lacio, sobre sus hombros.

Desde la popa un hombre se acercó lentamente hasta ella. Se inclinó y la besó en los labios mientras le acariciaba los muslos.

—¿Dormías? —preguntó, sentándose a su lado.

—No —dijo ella—. ¿Cuándo crees que llegaremos?

—Mañana. A menos que el viento cambie y nos juegue una mala pasada. ¿Quieres un poco más de zumo?

—No, gracias. Prefiero otro beso —dijo ella, y estiró las piernas.

El la besó largamente y sintió que el deseo trepaba por su cuerpo mientras admiraba el estupendo paisaje de la mujer. Se tendió encima de ella y demoró las caricias sintiendo que la brisa aumentaba y el velero se inclinaba ligeramente.

Se incorporó y corrigió la posición del timón.

—¡Nick! —gritó ella—, vuelve aquí y deja que esta cáscara de nuez siga su curso. Ya tendrás tiempo de corregir su rumbo.

El no contestó. En el horizonte había aparecido una mancha blanca

que crecía progresivamente en dirección al *Sabrina*. Aún se encontraba bastante lejos, tal vez a dos o tres millas, pero se acercaba a gran velocidad.

—Sally, alcánzame los prismáticos.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Parece que tenemos compañía.

La mujer se acercó trayendo unos poderosos binoculares que Nick enfocó en dirección a la embarcación. Era una especie de lancha torpedera, similar a las que utilizaban los servicios de guardacosta, con la proa reforzada con planchas de acero. Por la estela que dejaba. Nick dedujo que disponía de dos motores de enorme potencia. Y se dirigía directamente hacia ellos. Vio algo más. En cubierta había varios hombres. No estaban tomando el sol. Llevaban metralletas y uno de ellos tenía un ojo cubierto por un parche.

—Dios mío —musitó.

—¿Qué ocurre? —interrogó Sally, aferrándose a su brazo.

—Se terminaron las vacaciones, querida. Tenemos un grave problema. Y se acerca a veinticinco nudos por hora.

—¿Cómo...?

—Hemos topado con un grupo de piratas. Uno de ellos incluso lleva un ojo tapado.

—¿Piratas? ¿Aquí? —preguntó Sally, sintiendo que una corriente fría subía por su espalda como una araña de hielo.

—Aquí. A menos de un día de navegación de las costas de Florida. Alguien me lo advirtió en Fort Lauderdale. Le dije que esas cosas siempre les pasan a los otros. Sobre todo a los que tienen yates de 40 metros con grifería de oro.

La poderosa nave estaba ahora a menos de mil metros y su rumbo no había variado un milímetro.

—Ve a proa y trae la pistola lanzabengalas. De prisa.

Sally corrió hacia una caja de hierro que estaba adosada al costado de la cubierta, quitó el candado y sacó la pistola y un par de cartuchos. Regresó adonde estaba Nick y permaneció a su lado sin poder

controlar el temblor que la había invadido.

Nick cargó la pistola y la dejó al alcance de la mano. Sus movimientos fueron rápidos y precisos. Desde el navío intruso también les estaban observando.

—Escúchame bien, Sally. Quiero que te metas en la cabina y no salgas por nada del mundo. ¿Lo has entendido?

Ella no contestó. Se limitó a girar sobre sus pies descalzos y un segundo después había desaparecido tragada por la cubierta.

La lancha estaba a tiro de piedra y había disminuido la velocidad.

Nick maldijo en voz baja. El equipo de radio se había estropeado hacía un par de días y no consideró urgente su reparación. Estaban en una zona tranquila y el tiempo era inmejorable. ¿Para qué la radio, entonces? El y Sally disfrutaban del mar y del sol y vivían su segunda luna de miel en tres años. El lunes Sally le había dicho que estaba embarazada y lo habían festejado con champán y galletas sin sal. Hoy era jueves y no había nada que festejar. La lancha estaba ahora junto al *Sobrino* y dos hombres lanzaron garfios que se clavaron en la madera lustrosa. Los cabos se tensaron y el motor del *Sobrino* ronroneó como una gata frente a un ovillo de lana.

—Apague el motor —dijo el hombre del parche, utilizando un megáfono—, Y no se le ocurra hacer ninguna tontería.

—¿Qué quieren de mi? —preguntó Nick, tratando de mantener la calma y rozando la culata del lanzabengalas.

Sabía que sus posibilidades eran menores que las de una mosca debajo de la pata de un elefante, pero se defendería. Y defendería a Sally. Era una locura. Pero entregarse o esperar la muerte también lo era.

—Usted no hace preguntas, muchacho. Usted se limita a decir que sí con la cabeza —

advirtió el hombre del parche.

—¿Sí, qué? —preguntó Nick.

—La mujer —indicó el pirata.

—No —replicó Nick.

—No está en condiciones de negarse, muchacho. La llevaremos con

nosotros de todos modos. De usted depende que los tiburones tomen su desayuno o no. Usted será el

primer plato, claro. Y el único.

—¡Cerdo! —apostrofó Nick—. Tendrá que matarme si quiere algo de este barco.

—Eso no será ningún problema —dijo el pirata e hizo un gesto a uno de sus hombres.

Antes de que el hombre levantara su arma, Nick cogió el lanzabengalas y disparó casi a quemarropa.

El marinero salió despedido hacia atrás mientras una columna de humo y llamas se alzaba desde el centro de su pecho. Cayó por la borda profiriendo un alarido escalofriante.

Nick sabía que había jugado su carta. El pirata también lo sabía. Alzó un pesado revólver y disparó casi con desgana. El estampido reverberó en la cresta de las pequeñas olas y asustó a los cardúmenes que se habían congregado junto a las dos embarcaciones.

Un dolor lacerante recorrió el cerebro de Nick cuando el proyectil trazó un profundo surco en el costado izquierdo de su cabeza. El resto fue la oscuridad, la súbita noche que cayó sobre el mar y el grito de Sally desde miles de kilómetros de distancia.

CAPITULO II

La habitación era un verdadero desastre. No era un dormitorio y tampoco un lugar de trabajo o una sala de estar. Era todo eso junto y mucho más. Una colección de botellas vacías descansaba junto a una pila de discos desordenada y polvorienta. Una mesa atestada de libros y papeles sostenía precariamente una pesada máquina de escribir que juntaba telarañas entre las teclas. En las paredes, descascaradas y amarillentas, había varios pósters que legaban a la posteridad la sonrisa ingenua de Marilyn, la mirada socarrona de Humphrey Bogart y las piernas interminables de Marlene Dietrich en un fotograma de *El ángel azul*.

También había una cama. Y encima de ella, dormido, un hombre. Estaba vestido y sólo tenía un calcetín. El otro estaba a un costado de la cama, entre un vaso a medio llenar y un libro sobre veleros y embarcaciones de recreo. Un rayo de luz se filtraba por la ventana y caía exactamente sobre el rostro del hombre. Un rostro con barba de varios días y una ligera hinchazón debajo de los ojos. La respiración era agitada y, por momentos, el cuerpo se estremecía como si fuese sacudido por la dinamita de una pesadilla.

Se escuchó un timbre. El hombre permaneció inmóvil.

El timbre volvió a sonar dentro de la habitación como la sirena de un barco en medio de la bruma. El hombre levantó una mano y tanteó en el aire buscando donde asirse.

Finalmente tropezó con el teléfono. Alzó el auricular, lo acercó a sus labios pastosos y alcanzó a articular un insulto. Del otro lado de la línea se escuchaba solamente un silencio muy largo. La mano dejó caer el auricular y otro timbrazo agitó el polvillo de los libros.

—Maldita sea —murmuró el hombre y se cubrió la cabeza con la almohada.

Otro timbrazo terminó por destrozar el precario y opresivo silencio que sumía la habitación en una atmósfera de ataúd a medio cerrar.

—¡No hay nadie! ¡Me he marchado al infierno! ¡Estoy muerto! ¡Adiós, deje un dólar por haberme despertado y lárguese con viento fresco quienquiera que sea!

Los gritos del hombre no desanimaron a quien parecía haber olvidado

su pulgar sobre el timbre de la puerta.

Con movimientos que a un paquidermo le hubieran resultado excesivamente torpes, el hombre se incorporó del lecho. Se pasó las manos por la cara, bebió de un sorbo el trago que aún quedaba en el vaso y se dirigió hacia la puerta.

Cuando abrió alcanzó a ver cuatro figuras que temblaban ante sus ojos. Un minuto después comprobó que eran sólo dos y una de ellas era una mujer.

—Si se les ha perdido algo, aquí no lo encontrarán —dijo el hombre —, y menos a estas horas de la mañana.

—Son las cuatro de la tarde, señor Harrison —dijo la mujer.

—¿Cómo saben mi nombre?

—Aún puede leerse en el cristal —dijo el hombre que la acompañaba señalando hacia la puerta.

—Está bien. Soy Harrison, ¿qué diablos desean? Maldita sea. ¡Estaba durmiendo!

¿Ustedes no duermen nunca?

—A estas horas normalmente, no —dijo la mujer—. ¿Podemos pasar?

—¿Por qué? —preguntó Harrison.

—Queremos hablar con usted —dijo el hombre.

—¿De qué?

—Tenemos un trabajo que proponerle —dijo la mujer.

—Lo siento. Mi agenda está completa hasta el año que viene. Y ahora si me disculpan, debo seguir con mis pesadillas —dijo Harrison y comenzó a cerrar la puerta.

—Podemos pagarle muy bien por sus servicios, señor Harrison —dijo el hombre.

—¿Usted sabe cuánto cobro, señor...?

—Nolan. Nick Nolan. Sabemos cuánto debe, señor Harrison. ¿Podemos pasar? —insistió.

—Está bien. Adelante.

Harrison se hizo a un lado y la pareja entró en la habitación. La mujer descorrió las cortinas y la luz entró a raudales en la estancia y terminó de perfilar lo que en realidad era una oficina. Al menos eso podía deducirse por el archivador, las papeleras y las sillas metálicas.

—Tomen asiento en cualquier parte. En seguida estoy con ustedes —dijo Harrison y se perdió tras una puerta que comunicaba con un pequeño cuarto de baño. Se escuchó el ruido de la ducha y unos minutos más tarde el de una afeitadora eléctrica.

—¿Crees que servirá para este trabajo? —preguntó ella.

—En otro tiempo era uno de los mejores —dijo él.

—Debe haber sido hace siglos. Ahora parece incapaz de vérselas con una adolescente huida de su casa —replicó ella.

—No te precipites. Carol. Recuerda que es nuestra última oportunidad.

—Está bien. Nick, tú ganas. Pero por el aspecto que tiene, preferiría que esa oportunidad dependiera de un peluquero de señoras.

—¿Qué tiene contra los peluqueros de señoras, jovencita? —preguntó Harrison desde la puerta del baño.

Una toalla cubría la mitad de su cuerpo y aún tenía el pelo húmedo. Una multitud de pequeñas gotas resbalaba por la espesa pelambre de su torso desnudo. El agua parecía haberle devuelto algunos años jóvenes a su cuerpo maduro. Los músculos de brazos, piernas y abdomen se recortaban claramente bajo el juego de luces y sombras que bañaba la habitación. Tenía 40 años, pero el brillo de los ojos desmentía ligeramente esa edad. Y su casi metro noventa completaba una figura que ocultaba sin demasiado esfuerzo la combinación de una amenaza envuelta en un pañuelo de granito con la sospecha de que podía llegar a ser un hombre capaz de destrozar a un enemigo con una ligera presión de sus nudillos.

—Lo siento, yo... —balbuceó la muchacha, turbada a partes iguales por su desafortunado comentario y la presencia del hombre semidesnudo.

—No se disculpe. No merece la pena. Ya me he acostumbrado al rechazo de la humanidad bienpensante.

—Esperaremos a que se vista y luego hablaremos —dijo Nick.

—Me siento muy bien así —dijo Harrison—. Les escucho. Prepararé un poco de café mientras me cuentan la historia —añadió.

—Verá, señor Harrison —comenzó a decir la muchacha.

—Puede llamarme Lou. La toalla sirve para desvanecer las formalidades —dijo

Harrison, al tiempo que servía café en las tazas y las acercaba a la mesa.

Apartó una pila de revistas y facturas sin pagar y encendió un cigarrillo.

—Bien, Lou —dijo esta vez Nick—. He oído hablar mucho de usted y sé que no hace mucho tiempo era el mejor detective privado de esta parte del país.

—Me halagas, muchacho —dijo Harrison con una sonrisa irónica—. ¿Y quién te ha contado esas cosas?

—Maxwell Lynn —dijo Nick.

—El bueno de Max. No debéis hacerle caso. Max tiene un corazón tan grande como su boca.

—¿Es verdad o no? —preguntó Carol con una mirada desafiante.

—Hace siglos yo podía resolver un caso de dos mil dólares por la mitad del dinero. La gente acudía a mí porque era barato y tenía escrúpulos. Ahora estoy en el paro y los escrúpulos no me alcanzan para pagar la renta de esta pocilga. Además bebo demasiado y eso no ayuda a mantener los reflejos aceitados. No creo que sea la persona indicada para ningún trabajo.

—Aún no ha escuchado nuestra propuesta —dijo Carol—, y además, no parece estar en mala forma —añadió con los ojos clavados en los pectorales de Harrison.

—Me gustas, jovencita, casi estoy a punto de quitarme esta toalla y cambiarla por un traje de paño inglés.

—Usted también me gusta. Puede llamarme Carol y... dejar la toalla en su sitio.

Harrison lanzó una carcajada y se sintió súbitamente bien. Hacía mucho tiempo que no se sentía así y la revelación le dibujó un rictus de tristeza en el semblante. Una antigua herida amenazaba con volver a abrirse y esta muchacha parecía tener el arma apropiada.

—Vamos al grano —dijo Harrison bebiendo el café de un trago y alejando los fantasmas que comenzaban a congregarse en su memoria.

—Hace dos meses yo regresaba con mi esposa de un viaje que habíamos hecho hasta las Bahamas —comenzó Nick—. Navegábamos en nuestro velero cuando fuimos abordados por unos piratas.

—Veo que habéis salido bien librados del trance —dijo Harrison.

—Ella no es mi esposa, Harrison. Es mi cuñada.

—Los bastardos hirieron a Nick y lo dejaron por muerto. Se llevaron a Sally y nunca más hemos sabido de ella —dijo Carol, tratando de contener las lágrimas.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Harrison.

—La bala me rozó la cabeza y perdí el conocimiento. Fui rescatado al día siguiente por un guardacosta de la policía de Miami. Pasé una semana en el hospital y la policía investigó el asunto hasta que, hace unos días, me llamaron a Jefatura para decirme que cerraban el caso. Dijeron que habían hecho todo lo posible y que, además, no cuentan con medios suficientes para hacer frente a todas las desapariciones que se producen en esa zona.

—Es una zona muy grande —dijo Harrison—, Y su velero no es la primera embarcación que sufre el ataque de esos miserables.

—Lo sé —dijo Nick, apretando los puños hasta hacerse daño—, pero pienso buscar a Sally hasta encontrar una respuesta. Nos habíamos casado hacía tres años y estaba embarazada. Me lo dijo pocos días antes de que...

No pudo seguir hablando.

—¿Y cómo entro yo en todo esto? —preguntó Harrison.

—Escuche, Lou —dijo Carol—, usted es un experto marino. Conocemos su historial. Ha intervenido en varias ediciones de la Copa América y durante algunos años, Newport fue su hogar. También sabemos que intentó cruzar el Atlántico en una embarcación a remos y

que naufragó en las Azores. Usted es el hombre que necesitamos para este trabajo.

—Yo *era* ese hombre, querida Carol. Todo lo que cuentas sucedió en un tiempo que, para mí, está tan lejos como para ti una mecedora junto al fuego con tus nietos escondiéndote las gafas. Es historia pasada. Olvidaos de aquello.

—¿Usted lo ha olvidado? También sabemos lo de su mujer, Lou —dijo Carol.

Había sido un golpe bajo.

—¿Qué es lo que os han contado? ¿También fue Max? —preguntó Lou, deseando que otro repitiera la historia que él había intentado repetirse un millón de veces y de olvidarla otro millón en el fondo de las botellas secas.

—Carol, no es necesario que... —dijo Nick.

—Déjala, Nick. Tengo el caparazón de una tortuga y un corazón lleno de alcohol y metralla. Anda, muchacha, dispara ya.

—Bueno, yo... —Carol vaciló un segundo.

—Vamos, Carol, seguro que en el cine has visto cientos de historias más tristes que ésta

—la animó Lou mientras se servía una generosa medida de tequila.

—Su mujer se llamaba Clea y era filipina. En aquellos días, usted...

—Tutéame —la interrumpió Harrison—, te resultará más fácil.

—...en aquellos días tú tenías una embarcación de recreo y ganabas bastante dinero llevando a los ricachones a pescar más allá de los cayos.

»Clea siempre te acompañaba y Max nos ha contado que nunca vio una pareja más feliz. Era casi tan buena como tú en el arte de las jarcias y los obenques. Manejaba los balandros con mano de seda y, según Max, hubiese podido ganarte una regata de catamaranes.

—Lo hizo alguna vez —dijo Harrison con voz serena.

—Un día zarparon hacia el Sur, a pescar tiburones. El barco lo había alquilado un personaje de Miami, que sabía tanto de pesca como yo de

cabezas nucleares. No iba solo.

Le acompañaban dos guardaespaldas que se lavaban los dientes con salitre y pescaban con proyectiles calibre 45.

—Joe Dominico —dijo Harrison mordiendo las palabras.

—El mismo —continuó Carol—. Cuando llegaron a la zona de los tiburones el mar estaba tranquilo como una pecera y no había una gota de aire. Además, se descompuso un motor y los muchachos se aburrían. No es difícil imaginarse la situación si metemos en una embarcación de 40 metros cuadrados a cuatro hombres y a una mujer joven. Sobre todo, si uno de ellos es el esposo y los otros tres tienen un prontuario que haría enrojecer a Ametralladora Kelly.

Mientras Carol hablaba, Harrison volvía a revivir todos los detalles de aquel infierno en mitad del océano. Veía el rostro limpio y hermoso de Clea tras una neblina de dolor y asco.

—Al principio sólo eran comentarios en voz baja y miradas capaces de taladrar una

sequoia. Dominico trató de mantener a los dos gorilas a prudente distancia, pero pronto comprendió que era inútil. Los simios tenían la sangre recalentada y sólo necesitaban una chispa del tamaño de un átomo para que todo estallara.

—Hablas como un hombre —dijo Harrison.

—Así fue como tú se lo contaste a Maxwell —replicó Carol.

—No dejas de sorprenderme. Tú y Max tenéis buena memoria. Creo que no es bueno que los demás tengan recuerdos de historias que no les pertenecen. Y mucho menos de historias sórdidas como ésta.

—Lo siento. No tenía intención de...

—Descuida. Yo completaré el relato. Hace mucho que no hablo de ello y, a veces, lo necesito para limpiarme por dentro —dijo Harrison y bebió un poco de tequila.

—Como quieras —dijo Nick—, repítelo otra vez. Te comprendo. Yo hablo con Sally todas las noches y me despierto creyendo que está en la cocina preparando el desayuno.

—Bien venido al club, muchacho —dijo Harrison levantando el vaso.

Miró hacia arriba y entornó los ojos. Todo volvía a él con la fidelidad de una película detenida en una pantalla ajada por el tiempo.

—Yo sabía que Joe Dominicó era un pájaro de cuentas. Lo que ignoraba era que llegaría acompañado de aquellos dos cerdos. No era la primera vez, y no hubiese sido la última, que yo alquilaba mi barco a personajes que no formaban parte de la Liga de la Decencia. En realidad me importaba un pimiento. Hay muchos tipos que aparecen en los periódicos donando fondos para los niños subnormales o la Cruz Roja y la pasta tiene un sospechoso olor a mierda aunque sus apellidos lleguen directamente hasta el primer hombre que saltó del *Mayflower*. Eso es un hecho. Hace mucho tiempo que aprendí a distinguir a las personas honorables. No es muy difícil. Existen tres o cuatro y están mortalmente enfermos de asco. Pero ésa es otra cuestión.

«Suponía que Dominicó embarcaría acompañado de un par de fulanas con nombres tan falsos como el color del pelo. Se emborracharían, jugarían un rato a la pesca del tiburón y regresarían a puerto con la espalda achicharrada y una nueva aventura para contarles a sus pistoleros. Conocía el paño y Clea también.

El tono de Harrison se endureció y tanto Nick como Carol comprendieron que el nombre de la mujer era una piedra que caía al agua y dibujaba circulas cada vez más grandes y dolorosos.

—No quiero aburriros con una historia que Max ya se ha encargado de revelarles hasta el último detalle. Hablaré de la última media hora. Porque todo sucedió en poco más de treinta minutos. El mar estaba inmóvil y el calor dibujaba formas extrañas a ras del agua.

Dominico había bebido mucho y los dos matones estaban muy irritables. Yo estaba abajo tratando de arreglar el motor y Clea leía a la sombra de una gran sombrilla. Eran las cinco de la tarde. A esa hora comienza un programa de radio que Clea siempre escuchaba.

»La música llegaba desde la cubierta y el saxo de Gerry Mulligan vagaba por el aire como un fantasma feliz. La avería no era demasiado importante y yo calculaba que en un par de horas ya estaría todo solucionado. De pronto algo me llamó la atención.

—¿Qué era? —preguntó Carol.

—El silencio. Quiero decir que sólo se escuchaba la radio. Me extrañó que no se escucharan las voces de los dos matones o las carcajadas de Dominicó. Cuando estaba

bebido no hacía más que reírse como una hiena histérica. Subí a cubierta y no había nadie. Estaba desierta. Corrí a la cabina y comencé a bajar hacia la zona de los camarotes.

Mi barco, el *Octopus*, tenía dos camarotes y un salón que hacía las veces de comedor y alacena. También había una pequeña cocina y un cuarto de baño. Dominico estaba vomitando en el baño y los dos cerdos estaban en el salón. Mi... Clea también. Parada encima de una mesa y amordazada. Sam, uno de los matones, le estaba quitando el sujetador del bañador y el otro, Mike, me apuntaba con una pistola.

—Veo que has decidido unirme a la fiesta, capitán —dijo Mike.

—Vamos a divertirnos un rato con tu mujercita. Estamos aburridos y esta preciosura es mucho más excitante que una botella de whisky —añadió Sam, completando su obra y dejando que los pechos de Clea salieran de su encierro.

—No hagas un solo movimiento, capitán, o te perforo las tripas —dijo Mike—. La que debe moverse es esa zorrita. Vamos, muñeca, muéstranos lo que sabes hacer. Sam.

quítale las bragas a la señora.

—Clea me miraba con ojos en los que no había una pizca de miedo. Era una mirada de furia e impotencia —continuó Harrison.

»Sam comenzó a bajar el bañador de Clea y en ese preciso momento apareció Dominico. Llegaba del baño y su aspecto era deplorable. Mike se distrajo y yo aproveché para propinarle una feroz patada en la entrepierna. Se dobló, cogiéndose la zona dolorida y le descargué un derechazo en la sien. Se derrumbó como un ropero. Me volví hacia Sam, pero le estaba apuntando a Clea al estómago y yo sabía que pensaba disparar.

—Ya está bien, capitán, un solo movimiento y tu mujer tendrá dos ombligos —dijo.

—Permanecí inmóvil, pero Clea no. Levantó la pierna y alcanzó a golpear a Sam con la rodilla en el mentón. Sam trastabilló y disparó su arma. Clea cayó de la mesa sin proferir un gemido. La bala le había atravesado limpiamente el corazón. Al llegar al suelo ya estaba muerta. Me abalancé sobre Sam y le pegué como jamás le había pegado a nadie en toda mi vida. Pero tuve un instante de lucidez y me detuve antes de matarle.

—¿Qué hizo Dominico? —preguntó Nick.

—Nada. Seguía tan borracho como antes y no alcanzaba a comprender lo que estaba sucediendo. Pero aquel miserable era el responsable de la muerte de Clea y yo estaba como loco —dijo Harrison.

—¿Por eso los echaste a los tiburones? —preguntó Carol.

—Sí. Cogí un cuchillo, les hice varios tajos en las piernas y los arrojé por la borda. Me obligué a mirar mientras los tiburones se disputaban la carne fresca mientras Clea yacía muerta debajo de mis pies. Muerta. Para siempre. Cuando la subí a cubierta terminaba el programa musical. Eran las cinco y media. Los tiburones habían acabado su tarea y yo me había quedado solo. Tan solo como jamás pensé que podía llegar a estarlo.

CAPITULO III

Carol y Nick se habían marchado. Lou permaneció largo rato prisionero de imágenes que ya adquirían, indefectiblemente, el color sepia de las fotografías antiguas. La botella de tequila había descendido hasta la mitad de su contenido y sentía que el estómago pedía a gritos un poco de comida. Casi podía oírlos.

Les había prometido a Carol y Nick que se encontraría con ellos esa misma noche para darles una respuesta. La oferta no era mala. Todo lo contrario. Al parecer, Nick disponía de suficiente dinero para pagarse todos los caprichos. Aunque éste no era precisamente un capricho. Al muchacho le habían robado una parte de sí mismo y quería recobrarla. O, al menos, saber definitivamente si debía olvidarse para siempre de ella.

Le habían caído bien. Sobre todo Carol. Desde la muerte de Clea, hacía ya cinco años, su relación con las mujeres había sido sólo un barniz que apenas cubría una superficie solitaria. Su amistad con Max le había permitido obtener la licencia de detective privado y durante años había recorrido el estado de Florida desde Tallahassee hasta Key West buscando a esposas huidas que trataban de olvidar la opacidad de sus vidas con la ayuda de amantes en tránsito y paisajes exactamente iguales a sí mismos. También había resuelto algún asesinato metiendo las narices donde la policía no acostumbraba a husmear y había dado con sus huesos en la cárcel por los mismos motivos. La policía es un cuerpo muy celoso de su propia eficacia, y hay jefes, comisarios y lamebotas que se muestran sumamente quisquillosos cuando alguien les sirve su propia mediocridad en bandeja de plata.

Habían sido años en los que había corrido siempre delante de sus fantasmas hasta que acabaron por darle alcance para meterle de cuerpo entero dentro de una botella. La vida, prendida con alfileres desde aquella tarde en mitad del océano, comenzó a desmoronarse a sus pies como un edificio comido por las termitas. Los casos comenzaron a escasear y la cuota de alcohol a aumentar en proporciones inversas y simétricas. Algunos momentos de lucidez le obligaban a realizar ejercicios físicos, a correr varios kilómetros de noche por la playa y a llevar una dieta medianamente razonable. Pero, fatalmente, la memoria y el tequila acababan por arrebatarse el triunfo en los últimos metros.

Y ahora, cuando las cucarachas amenazaban seriamente con comerle los calcetines, aparecían Nick y Carol a lavarle el alma con el mismo recuerdo y a ofrecerle diez mil dólares para que les ayudara a conseguir lo imposible. Encontrar a un hombre con un parche en un ojo que comandaba a una banda de miserables a bordo de una torpedera pirata en una zona donde el *Queen Elizabeth* pasaría tan desapercibido como un corcho.

—La locura es contagiosa —dijo.

Se puso una camisa deportiva, un par de tejanos gastados, zapatillas y salió de la habitación como quien abandona una celda.

Cruzó la calle y entró en el bar de Cathy.

—Bueno, ¡mirad quién ha llegado! ¡Si es el gran Lou en persona!

—Menos guasa, Cathy —dijo Harrison en un tono falsamente severo —, y prepárate que hoy vengo dispuesto a todo.

—¿Cuántas botellas serán hoy, Lou? —preguntó Cathy.

—Ninguna, Cathy. Hoy tomaré el desayuno especial..., doble.

—¿Doble? ¿Y nada de alcohol, ni una pizca de tequila? No te creo.

—Ponme a prueba —dijo Lou.

—Está bien —asintió Cathy. Se volvió hacia la cocina y gritó—: ¡Un desayuno especial!

¡Doble ración!

—¿A qué se debe el cambio, Lou? —preguntó Ted desde la cocina.

Ted era un negro enorme que tenía los dientes más blancos que el teclado de un piano.

Cuando asomaba la cabeza por la puerta de la cocina daban ganas de sentarse a tocar.

—Hambre, Ted, solamente eso. Un hambre de los mil demonios. Y date prisa con ese desayuno, si no quieres que me enfade.

—No se enfade, *massa* —dijo Ted con voz implorante y las manos entrelazadas.

—Ted, eres el payaso negro más malo del mundo —dijo Lou.

—No soy negro, soy la sombra de un blanco —dijo Ted y lanzó una carcajada que hizo temblar las estanterías.

—Cada día está más loco —dijo Cathy.

—Y yo también por seguir viniendo a este sitio —dijo Lou.

—Tienes mejor aspecto, señor Harrison. Casi pareces humano. ¿A qué se debe? —

preguntó Cathy.

—¿Acaso hay que tener una razón especial para entrar a envenenarse a esta cueva de curiosos?

—Yo diría que sí, considerando que anoche, cuando saliste por esa puerta, parecías el padre borracho de la persona que ha pedido un desayuno especial doble —dijo Cathy.

—Me han ofrecido un trabajo, Cathy. Un buen trabajo. Y creo que voy a aceptarlo.

Podré pagarte mi infinita deuda. ¿No te alegra?

—Me alegra lo del trabajo. En cuanto al dinero, puedes metértelo en...

—¡Cathy —la interrumpió Lou—, que eres una señora!

La carcajada de Cathy fue levemente menos estentórea que la de Ted.

—Es el mejor chiste que he escuchado desde que Reagan declaró que no se teñía el pelo —alcanzó a decir Cathy con los ojos llenos de lágrimas y el rimmel corrido hasta la barbilla.

—¡Desayuno doble para uno! —gritó Ted.

Se acercó personalmente a la barra, trayendo dos bandejas. En una de ellas había una jarra con café, otra con leche, otra con zumo de naranjas, un plato con mantequilla, otro con mermelada y cuatro huevos pasados por agua. En la segunda bandeja llegaron dos platos con bacon, una pequeña cesta con tostadas, un pote con tabasco y un plato con un filete de atún cubierto de cebollas fritas.

—Diez dólares a que no puedes con todo —le desafió Ted.

—De acuerdo —dijo Lou y atacó el bacon con el tenedor a modo de lanza.

Comió lentamente. Dio buena cuenta de todo el contenido de platos y jarras. Era una ceremonia gastronómica más que un desayuno. Y más teniendo en cuenta que eran casi las siete de la tarde y el reloj contradecía claramente la elección de semejantes alimentos. Otros clientes bebían cerveza o atacaban el primer bourbon del día mientras él hacía desaparecer un cuarto litro de café con leche acompañando a las tostadas con mantequilla y mermelada y al atún con cebollas fritas. Cathy sabía que Lou podía

presumir aún de dos o tres cosas, pero jamás de ser un buen *gourmet* y no le sorprendía en absoluto la extravagancia de pedir un desayuno especial doble cuando las primeras sombras caían sobre las palmeras del paseo marítimo.

Engulló el último trozo de bacon y sonrió satisfecho.

Su estómago había cambiado los gritos por una melodía de trompetas con sordina.

—Te perdono los diez pavos. Ted —dijo Lou—, ha estado estupendo.

Ted y Cathy lo observaban sin poder creerlo. Esperaban que en el minuto siguiente se desplomara víctima de una indigestión fulminante. Pero Lou encendió un cigarrillo y remató la faena con un café con tequila, una mezcla que sólo él era capaz de resistir sin necesidad de un médico de cabecera.

—Bien, queridos amigos, nos veremos —dijo.

Se levantó y salió del bar de Cathy como si sólo hubiese bebido un vaso de agua.

Diez minutos después entraba en la redacción del *Florida News* y se dirigía a la sección de Actualidad. Preguntó por Bob Litieri y le dijeron que había salido a hacer un reportaje. No tardaría en regresar y decidió esperarlo.

Bob y él eran como hermanos. Se conocían desde que eran unos críos y siempre habían compartido el mismo amor por el mar, los veleros y la vida sin ataduras. Cuando Lou conoció a Clea dejaron de verse durante algún tiempo. Sin embargo, siempre se mantenían en contacto y ninguno de los dos hacía preguntas cuando el otro necesitaba algún tipo de ayuda.

Cuando Clea murió la casa de Bob fue el primer refugio en el que Lou encontró el apoyo necesario para no terminar desquiciado. Para entonces, Bob se había casado y Leda, su mujer, era una muchacha hermosa y vital, que ya le había dado dos niños.

Permaneció dos meses en casa de Bob hasta que consideró que ya podía caminar por su propio pie y organizar su vida sin Clea. No había sido fácil, pero con la ayuda de Bob y Leda hubiera resultado imposible. Más tarde, las informaciones que Bob le había suministrado le resultaron decisivas para resolver algunos casos oscuros.

—Hola, Lou —la voz de Bob lo sobresaltó—, tienes buen aspecto.

—Eres la tercera persona que me lo dice. Debe ser verdad.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Has decidido regresar al mundo?

—El algo extraño. Bob —dijo Lou—. Hoy ha venido a verme una pareja. Me han ofrecido trabajo. Un trabajo difícil, casi imposible, pero sentí que ya estaba bien de lamerme las heridas y de ocultarme todas las noches debajo de una etiqueta de tequila.

No sé, fue como una revelación o algo por el estilo.

—¿De qué se trata? —preguntó Bob, sorprendido y feliz por las palabras de Lou.

—Hace un par de meses el muchacho, Nick, regresaba en su velero con su esposa. Se encontraban en aguas tranquilas, a menos de un día de viaje de los muelles de Fort Lauderdale cuando fueron atacados por unos piratas. Hirieron a Nick y se llevaron a su esposa. Creyeron que le habían matado y desaparecieron sin dejar rastros. Como siempre. Nick acudió a la policía y luego de algunas investigaciones le dijeron que no podían hacer nada.

—No me sorprende —dijo Bob—, hasta un pato de plástico perdido en una bañera sería demasiado para el comisario Fenner. Su tarea se limita a castigar las infracciones de tráfico y quitarse las pelusas del ombligo. Te juro que no envidio el cerebro de ese tipo,

Lou, creo que hasta mi perro lo haría mejor que él. ¿Quién era la mujer?

—¿Qué mujer?

—La que acompañaba al tal Nick cuando fueron a visitarte.

—Se llama Carol. Es la hermana de la esposa de Nick. Una joven muy agradable y que parece tener agallas. Me cayeron muy bien los dos.

—O sea, que has aceptado el trabajo —dijo Bob.

—Lo aceptaré esta noche, cuando me encuentre con ellos. Por eso he venido a verte, Bob. Necesito algunos informes sobre todo este maldito asunto de las desapariciones y los ataques de los nuevos corsarios del siglo XX.

—Creo que prescindiendo de toda la basura que hay acerca del Triángulo de las Bermudas, puedo prepararte un informe bastante completo. A propósito, ¿sabes que Robert Finnegan ha desaparecido?

—¿El millonario? —preguntó Lou.

—El mismo. Salió hace tres días de Fort Pierce en dirección a las Bermudas y hace dos que no comunica su posición ni responde a las llamadas que se le hacen desde su mansión de Miami. Por ahora es información confidencial, pero pronto saltará a las primeras páginas.

—¿No puede haber naufragado?

—El tiempo era perfecto y, además, para hundir el barco de Finnegan se necesita un huracán o un torpedo —dijo Bob.

Bob tenía razón. El barco de Finnegan era capaz de llegar a Lisboa sin problemas.

Tenía dos cubiertas, capacidad para treinta personas, sin incluir la tripulación y un sofisticado sistema de comunicaciones vía satélite que mantenía a Finnegan permanentemente informado de lo que ocurría en todo el mundo.

La fortuna de Finnegan lo convertía en uno de los hombres más ricos de Estados Unidos y era una persona que jamás daba un paso en falso. Si había salido a navegar era porque lo tenía todo calculado y podía disponer de unos días para relajarse y quitarse la corbata.

Si el barco hubiese corrido algún peligro se hubiese movilizado hasta un portaaviones.

—¿Tú qué crees, Bob?

—Es muy extraño. Lou. No me convence la hipótesis de que las embarcaciones son aspiradas desde el cielo y se pierden en un agujero

negro. Tampoco creo que caigan en un abismo submarino y se topen con los muros de la Atlántida.

—¿Entonces...?

—Piratas. Lou. Estoy seguro de que, de algún modo, lograron abordar el barco de Finnegan y Dios sabe lo que habrá sucedido. Me inclino a pensar que, siguiendo con mi teoría, liquidaron a la tripulación y secuestraron a Finnegan y a sus invitados.

—¿Sabes quiénes le acompañaban?

—Sí. Apunta estos nombres. John Carlyle, Truman Baxter y su mujer, Louella Dixon y su prometido, Anselmo Cerezo y su esposa y Ashton Mercury.

Lou lanzó un silbido.

—Con lo que esa gente gasta en comida para sus canarios, yo podría comprarme un Rolls Royce —dijo.

John Carlyle tenía pozos de petróleo y compraba caballos pura sangre como si fuesen caramelos. Truman Baxter había hecho una montaña de dinero especulando en la Bolsa y

era un genio de las finanzas. Su mansión en St. Augustine había sido hasta 1950 un castillo en el mediodía francés. Baxter lo había hecho desmontar piedra a piedra y lo había levantado en la costa de Florida. Desde el mar parecía un vigía medieval que espera el barco que lo lleve de regreso.

Louella Dixon era la actriz de moda, una especie de nueva Greta Garbo que se rodeaba de un halo de misterio casi tan espeso como el rojo de sus labios. Sus últimas películas batían récords de taquilla y su rostro, distante y bello, aparecía en todas las portadas. Su prometido era el hijo de un jeque árabe que atendía los negocios de su padre en California.

Anselmo Cerezo era un cubano que había escapado por los pelos cuando Castro entró en La Habana. Su fortuna había nacido y crecido con la caña de azúcar, el café y los burdeles selectos para tipos como Capiello y Vincenzini, los *capo mafiosi* de Miami.

Ashton Mercury, por último, era el dueño de la cadena de hoteles más importante de la costa este. Un hombre de conducta y hábitos ambiguos que, seguramente, habría llevado algún efebo para que le

alegrara las noches en alta mar.

Si esta gente no aparecía en las próximas 48 horas habría un temblor de tierra que haría caer a Lincoln de su pedestal.

—Puedo entender que los piratas hayan secuestrado a estos millonarios, pero no alcanzo a comprender por qué secuestraron a la esposa de Nick. El muchacho tiene dinero, pero en dos meses no ha recibido ninguna nota de rescate ni nada parecido.

Además, comparando su dinero con las fortunas de Finnegan y compañía, es sólo calderilla.

—Es fácil de entender, Lou —dijo Bob—. Lo que ocurre es que hace algún tiempo que estás desconectado del mundo. Existen indicios que relacionan a estos piratas con la trata de blancas.

—¿A qué te refieres?

—¿Recuerdas la desaparición del *Gold Clipper* el año pasado?

—Vagamente —dijo Lou.

—El *Clipper* pertenecía a un publicista de Jacksonville. Una mañana salió a navegar con su novia. No era un marino experto y cuando no regresó a puerto todos supusieron que había naufragado. El caso se cerró y fue noticia apenas un par de semanas. Pero hace seis meses la chica apareció en Hamburgo. Trabajaba en un prostíbulo y no podía estar más de cuatro horas sin una dosis de heroína. La encontró por casualidad un amigo de la familia que estaba de vacaciones en Europa y quiso conocer el lado sombrío de la ciudad.

«Intervino la policía alemana, cerró el prostíbulo y detuvo a algunos hombres de paja.

La familia de la chica silenció el asunto y ahora la mantienen internada en una clínica suiza de la que, aparentemente, no saldrá nunca.

—¡Mierda! —dijo Lou.

—Tendrás que decirle a Nick que se olvide de su mujer. No sería raro que ahora mismo estuviera en Marsella. Barcelona o Amsterdam gimiendo por una jeringuilla mientras un sádico la azota con un látigo de cuero.

—¿Te olvidarías tú de Leda? —preguntó Lou.

—No.

—Nick tampoco de Sally —dijo Lou.

—¿Se lo dirás?

—Sabes que nunca le mentiría.

—Suerte, entonces —dijo Bob.

—Gracias. Te llamaré mañana para ver qué has conseguido.

—De acuerdo.

Lou salió a la calle y aspiró largamente el aire que llegaba del mar. Pensó que algo andaba muy mal, que el mundo había perdido un tornillo y jamás podría recobrarlo. Si no,

¿cómo podía entenderse que una muchacha saliera un día de su casa para navegar un rato por el Caribe y se encontrara una semana después en Marsella o Hamburgo gimiendo por un poco de polvillo blanco y sometida a las mayores aberraciones?

Debía encontrarse con Nick y Carol. Echó a andar hacia el puerto con las manos en los bolsillos y la compañía de los mástiles silenciosos y el leve rumor del agua contra los cascos dormidos.

CAPITULO IV

Nick y Carol lo aguardaban sentados a una mesa en la terraza de un bar situado en la zona de los muelles viejos. Se había aprovechado un antiguo galpón destinado al almacenaje de maquinarias, convirtiéndolo en un bar restaurante, donde podían comerse los mejores frutos de mar mientras una orquesta amenizaba las veladas.

—Hola, chicos —saludó Lou.

—Buenas noches —respondieron los dos.

—¿Quieres beber o comer algo? —preguntó Nick.

—No. gracias. Acabo de desayunar —dijo con una sonrisa.

—¿Has pensado en nuestra propuesta? —preguntó Carol y en su voz se percibía la ansiedad tan nítidamente como una flor en un estercolero.

—Lo he hecho —dijo Lou.

—¿Y bien? —esta vez fue Nick quien hizo la pregunta.

—Creo que formaremos un buen equipo —afirmó Lou haciendo un guiño.

—Sabía que aceptarías —gritó Carol, al tiempo que se colgaba del cuello de Lou, haciéndole trastabillar.

—Cuidado, jovencita, soy un convaleciente y otra de tus muestras de euforia podría resultar fatal —dijo Lou, pellizcándole las mejillas.

—Me alegro que hayas aceptado el trabajo, Lou. Era nuestra última oportunidad —dijo Nick.

—También la mía, amigos —contestó Lou—. Tal vez sea el destino, pero yo sabía que, tarde o temprano, volvería al mar. Espero que todo resulte bien.

—¿Seguro que no quieres tomar nada? —preguntó Nick.

—Seguro. Tengo una idea. Nick, ¿llevas coche?

—Sí. Está aparcado cerca de aquí.

—Bien. Iremos a mi casa —dijo Lou.

Carol y Nick se miraron sin decir nada.

—Bueno, ¿qué me contestáis?

—Mira. Lou, no te enfades, pero sinceramente, ese lugar no es...

—He dicho a mi *casa*, Nick, no a la cueva en la que estuvisteis esta tarde —replicó Lou.

—¿Y por qué no vives allí? —preguntó Carol.

—La cerré cuando sucedió aquello. Sólo he ido dos o tres veces por año desde entonces.

¿Vamos?

—¿Por qué no? ¿Dónde está?

—Cerca de Naples —dijo Lou—, Son apenas 100 millas por la autopista de los Everglades.

—¿A qué esperamos? —dijo Carol y echó a correr hacia el coche.

Naples es una pequeña ciudad que se encuentra en la costa occidental de Florida.

Algunas millas hacia el sur comienza el Parque Nacional Everglades, una gran extensión caracterizada por una vegetación lujuriosa y surcada de corrientes de agua que forman grandes cenagales donde habitan cientos de especies animales y una enorme variedad de insectos y alimañas.

La casa de Lou Harrison se elevaba sobre un breve promontorio en la línea de blancas arenas que unen Naples con el Parque Nacional Everglades.

Era una construcción de madera que constaba de dos plantas y un jardín, ahora descuidado e invadido de malezas, que bajaba hacia el mar para perderse casi en la rompiente.

Nick aparcó el coche junto a la empalizada baja que contorneaba la propiedad y los tres se apearon. Guiados por Lou se dirigieron hacia el porche mientras una brisa súbitamente fresca levantaba una fina arenilla bajo sus pies.

Lou sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta. La luz estaba cortada, pero la claridad de la luna se filtró a través de los grandes ventanales que daban al océano cuando Lou descorrió las cortinas.

—Bien, ¿qué os parece? —preguntó.

—La luz no es muy buena, pero parece un lugar cálido y acogedor —dijo Carol.

—¿Tienes alguna lámpara? —preguntó Nick.

—Seguramente habrá algunas en el sótano. Iré a buscarlas.

Iluminándose con una linterna, Lou abrió una puerta lateral y bajó al sótano. Un momento después subía con un par de lámparas de petróleo que, milagrosamente, funcionaban a la perfección.

Cuando las lámparas estuvieron encendidas, la luz se proyectó sobre las paredes, iluminando una gran estancia que incluía la sala de estar, un pequeño bar, el comedor y una terraza de madera que se proyectaba desde la sala hacia el exterior, dividida por una gran puerta corredera de madera y cristal.

En las paredes había cuadros *naïf* de intenso colorido y objetos de indudable procedencia marinera.

—Los cuadros son hermosos —exclamó Carol.

—Los pintó Clea —dijo Lou—. Acostumbrábamos a pasar largos períodos en esta casa y ella pintaba mientras yo hacía algunos arreglos o pescaba. Tomábamos el sol y gastábamos hasta el último céntimo disfrutando del ocio.

—Pero la vida sigue. Lou —dijo Carol.

—Estoy empezando a comprenderlo —se limitó a contestar Lou.

—Bueno, manos a la obra —intervino Nick—. ¿Has hablado con ese periodista?

—Sí.

—¿Y bien?

Lou se rascó la barbilla.

—El panorama es bastante negro y mucho me temo que las noticias

que Bob me dio sean del mismo color —dijo finalmente.

—Te escuchamos —la voz de Carol era firme.

—Bob me dijo que hace unos días desapareció un yate de recreo con unos cuantos millonarios a bordo —comentó Lou—. Da la impresión de que fueron tragados por el mar. Pero no hay rastros. Bob teme que hayan sido secuestrados.

—¡Malditos bastardos! —exclamó Nick—. Han corrido la misma suerte que Sally.

Lou no dijo nada. Encendió un cigarrillo y permaneció con gesto pensativo, mirando hacia las olas que llegaban mansamente hasta la arena oscura.

—¿Qué ocurre, Lou? —preguntó Carol—. ¿Hay alguna cosa que no nos has contado?

—Bob me contó algo terrible. Creo que no sería justo que os lo ocultara.

—Una trompada más no alterará el resultado del combate —dijo Nick.

—Parece que estos desalmados no se limitan a secuestrar a la gente.

—Explícate —le urgió Nick.

—Será muy duro para ti, muchacho. Tendrás que estar preparado para enfrentarte a hechos que pueden hacerte pedazos el alma —dijo Lou.

—Se trata de Sally, ¿verdad? —Carol temblaba ligeramente.

—Sí. Bob me ha dicho que hace algún tiempo encontraron a una mujer que había desaparecido.

—¿Dónde está? ¿Podemos hablar con ella? De ese modo tal vez...

—Imposible. La encontraron en un prostíbulo de Hamburgo y su familia la mantiene en una clínica suiza. Hay muy pocas posibilidades de que recobre la razón.

—¡Dios mío! ¿Qué le hicieron? —preguntó Nick con la voz crispada.

—Estaba saturada de droga. Vivía pendiente de una aguja las veinticuatro horas del día y, cuando la hallaron, era una caricatura de sí misma. Una piltrafa con las venas llenas de mierda.

—¿Y tú crees que a Sally...? —Carol no pudo acabar la pregunta.

—Debemos prepararnos para lo peor. Los finales felices sólo se encuentran en las novelas románticas. Y esto es la vida. Escucha, Nick —dijo Lou, colocando ambas manos sobre los hombros del muchacho—, sé lo que sientes y, si estás dispuesto, podemos empezar a organizar las cosas esta misma noche.

—Ahora más que nunca. Lou. No sé si encontraré a Sally o si, en cambio, tendré que resignarme a vivir sin ella el resto de mis días. Pero te prometo que seguiré el rastro de esas ratas y haré lo imposible por ahorcarles con sus propias tripas.

—¿Y tú, Carol? ¿Estás dispuesta a seguir con esto? —preguntó Lou.

—Yo también sé cómo hacer una horca —fue su único comentario.

—Muy bien. Ahora escuchadme atentamente. Tendremos que movernos rápidamente.

Hablaré con algunos tipos que me deben ciertos favores y con otros que no me deben nada. A estos últimos les untaré con unos cientos de pavos y me dirán lo que deseo.

Hablaré también con Vito Negri.

—¿El rey de la carne?

—El mismo.

—¿Eres amigo de ese canalla? —preguntó Carol.

—Vito Negri no tiene amigos, Carol. Sólo gente que salta cuando él silba y un millón de enemigos que gustosamente colocarían un misil en la taza de su water.

—¿Entonces?

—El y Joe Dominico eran encarnizados rivales. Cuando se desató la famosa «guerra de los frigoríficos». Negri jugó con habilidad sus cartas y sus proyectiles y se quedó con las mejores zonas de distribución de carne. A los pocos meses todo el mercado era suyo y Dominico juró vengarse. Negri respiró tranquilo cuando se enteró de que un tiburón le había enviado al otro mundo.

—No sabía que los tipos de esa calaña devolvieran los favores —dijo Nick.

—Te equivocas. Negri es un tipo con una moral un tanto extraña. Me hizo saber que si algún día necesitaba algo, no dudara en acudir a él. Ahora creo que el momento ha

llegado. Iré a recordárselo.

—¿Crees que servirá de algo?

—Te sorprendería saber quién tiene realmente el poder en este país, Nick. Vito Negri tiene en sus manos los hilos que mueven a muchos personajes que salen en la tele hablando del presupuesto de Defensa y de las actividades de la CIA en el culo del planeta.

—¿Cuándo irás a verle?

—Mañana mismo. Ahora iremos a dormir y mañana sincronizaremos los relojes. La cuenta atrás ya ha empezado.

* * *

La mansión de Vito Negri había pertenecido a un magnate de la industria cinematográfica. Había aparecido cientos de veces en las revistas de arquitectura y se decía que entre sus paredes el amor desenfrenado, la lujuria y el pecado químicamente puro habían soltado amarras desde los profundos escotes de estrellas famosas y *starlets* que se jugaban el futuro con el único aval de su piel joven.

Lou detuvo el coche ante la gran verja de hierro y aguardó. Un segundo más tarde se escuchó un zumbido y las dos grandes hojas se abrieron suavemente, como si una mano invisible las empujara hacia adentro.

Lou avanzó y volvió a detenerse cuando un hombre le hizo señas. Vestía uniforme azul y la categoría de hombre le iba un tanto estrecha de mangas.

Era un tipo que medía cerca de dos metros y pesaba un poco menos que el coche de Lou. Se acercó a la ventanilla y preguntó con voz de masticador de bombillas:

—¿Su nombre, por favor?

—Harrison. Lou Harrison. El señor Negri me espera.

—Un momento, por favor —dijo el edificio.

Dos por favor en dos frases era un exceso, pensó Lou. Y más

considerando que el tipo no daba la impresión de ser capaz de sumar dos más dos con posibilidades de acertar.

—El señor Negri le espera, señor Harrison. Coja el camino de la izquierda y llegará al pabellón de caza —dijo el gigante al regreso de la pequeña cabina que había a un costado de la entrada.

Lou condujo a velocidad reducida admirando el enorme parque donde algunos ciervos pastaban con la indolencia de saberse invulnerables. Eran un adorno viviente y Negri los cuidaba como si fuesen caniches. Al final del camino se alzaba una pequeña construcción de estilo inglés, con paredes de ladrillo rojo y techo a dos aguas de tejas de pizarra.

Aparcó el coche debajo de unos árboles y bajó. En la puerta del pabellón había un hombre fumando una pipa. Vestía ropa de montar y un gran bigote gris destacaba en su rostro quemado por el sol. Era Vito Negri. Mil millones de dólares y decenas de cadáveres se acomodaban ordenadamente en sus ojos negros, hadn do que su mirada fuese tan diáfana como la de un vendedor de Biblias.

Negri se acercó hacia Lou y le estrechó la mano.

—Celebro volver a verle, amigo mío —dijo con voz de barítono.

—Han pasado varios años, señor Negri —dijo Lou.

—Es verdad. Años de paz y tranquilidad gracias a su intervención en aquel desgraciado incidente. ¿Qué puedo hacer por usted. Lou?

El tratamiento era claro. Veinte años más y lo que se veía hasta donde alcanzaba la vista permitía que Negri le llamara Lou.

—Estoy trabajando en un caso y necesito cierta información que sólo usted puede proporcionarme, señor Negri.

—Demos un paseo. Lou. La mañana es hermosa y el médico me ha dicho que el ejercicio es la mejor medicina —dijo Negri, cogiéndole de un brazo.

Echaron a andar por un sendero flanqueado por altos árboles de hojas amarillas y acompañados por dos perros de indudable pedigrí.

—Le escucho. Lou.

—Hace un par de meses un velero fue atacado por una pandilla de

miserables. Los piratas hirieron al muchacho, dejándole por muerto y se llevaron a su esposa.

—He oído hablar de esos piratas —dijo Negri.

Eso significaba que el viejo gángster lo sabía todo. Tenía gente a lo largo y ancho del país y cualquier cabeza que destacara de la multitud era inmediatamente detectada por los chivatos de Negri.

—La cuestión es que después de unas semanas, Nick, el muchacho, sólo encontró palabras vacías y amables de parte de la policía y sintió que el mundo volvía a hundirse bajo sus pies.

—¿Cuál es su papel en este asunto, Lou?

—Voy a ayudarles a resolver este misterio. Haré todo lo que pueda para dar caza a esos bastardos —dijo Lou.

—¿Ayudarles? —preguntó Negri alzando las cejas.

—Sí. La hermana de Sally, la esposa de Nick, forma parte del equipo.

—Siempre es agradable tener a una mujer cerca —dijo Negri—. El olor de una mujer despierta la imaginación y acelera la sangre. El cerebro trabaja mejor y la solución de los problemas está un palmo más cerca. ¿Es bonita?

—Lo es. Tiene veintiséis años y un tipo mediterráneo. A usted le gustaría —dijo Lou.

—¿Y cree que yo le gustaría a ella? —preguntó Negri con una sonrisa cansada.

—Sinceramente, no —respondió Lou—. En realidad el concepto que tiene de usted es bastante malo. Piensa que habría que freírlo en la silla eléctrica.

Negri se echó a reír.

—No la culpo. Es la leyenda negra. Nunca pediré perdón por las cosas que he hecho. Y

volvería a hacerlas. Sucedieron en una época en la que la vida de una persona valía menos que el abono que usa mi jardinero para las plantas.

—Sé que su profesión dista mucho de ser la de un ingeniero o un

entomólogo, señor Negri. Y, por otra parte, me tiene sin cuidado. Lo que importa ahora es que sus múltiples vinculaciones me permitan dar con una pista fiable. Estoy cansado de callejones sin salida y encerronas.

—Descuide, Lou. Un día le dije que acudiese a mí si algo le preocupaba. Hoy es ese día y le prometo que dentro de una hora tendrá la primera respuesta. Déjelo de mi cuenta.

Ahora entremos en la casa. Tomaremos una copa y haré algunas llamadas.

Mientras Lou saboreaba un exquisito vino blanco helado y sostenía entre los dedos un

canapé de caviar y apio, Vito Negri hablaba por teléfono con voz tranquila y gesto distendido. Se hubiera dicho que mantenía una conferencia con la profesora de violín de su nieta.

—Está bien, Frank. Con eso será suficiente—dijo y colgó.

Bebió lentamente el contenido de su alta copa de cristal tallado y miró a través de los ventanales que daban al inmenso parque donde una piscina reflejaba casi todo el cielo.

Luego se dirigió a un pequeño escritorio, escribió algo en un papel y se lo entregó a Harrison.

—Sólo tiene que pronunciar mi nombre y esta persona le dirá todo lo que usted quiera saber. Incluso los nombres de los verdaderos asesinos de John Kennedy.

—Sólo necesito un rastro en el océano —dijo Lou, doblando el papel y guardándolo en el bolsillo—. El resto será otra historia.

Se despidieron con un apretón de manos.

—Gracias—dijo Lou.

—Puede contar conmigo, Lou. Hace años que sólo participo de la guerra a través de la televisión —dijo Negri—, Y algo más, de mi parte, a la señorita que suspiraría por verme freído en la silla eléctrica. Dígame que nadie es inocente.

—Nadie es inocente —repitió Lou.

CAPITULO V

Hacía más de dos meses que estaba en este lugar y sentía que en su vientre un pequeño ser se movía casi imperceptiblemente, provocándole mareos que remitían cuando caminaba por la habitación.

No acababa de entender por qué seguía allí. Por qué no la habían matado. El recuerdo de Nick vivía nítidamente en su memoria como un faro en la noche. No quería imaginarlo muerto, no quería recordar su cuerpo tendido sobre la cubierta del *Sabrina* y con una profunda herida en la cabeza. Pero lo recordaba cuando el viento silbaba enfurecido y la soledad se instalaba en sus huesos sumiéndola en una profunda tristeza.

Estaba en una isla. Estaban en una isla, porque los piratas habían instalado allí una suerte de cuartel general, desde donde partían en sus terribles periplos como aves de rapiña sobre indefensos veleros de papel.

Su hijo era lo único que la mantenía lúcida y haría cualquier cosa para que naciera a pesar de esta pesadilla. Este empecinamiento la mantenía con vida y la obligaba a comer los escasos alimentos que le suministraban dos veces al día. Hacía ejercicios físicos y procuraba mantener sus músculos entrenados. Su cuerpo acostumbrado a la gimnasia y al aire libre iba perdiendo gradualmente la elasticidad mientras su vientre comenzaba a abultarse levemente, como una colina fértil.

La habitación tenía las paredes de piedra y un ventanuco con rejas que iluminaba débilmente el interior. Las noches eran frías y, durante el día, el sol se colaba ilegalmente hasta algún rincón para calentarle los pies.

Alguien abrió la puerta.

—Tienes compañía —dijo el pirata que le traía la comida.

Era un tipo gordo y desagradable, que varias veces había intentado abusar de ella. La arrinconaba contra la pared y le acariciaba los pechos y los muslos. Ella se defendía con dientes y uñas, hasta que el cerdo echaba a reír y se alejaba.

Le seguían tres mujeres de aspecto cansado y con huellas de haber

palpado con los dedos las entrañas de un monstruo.

—Espero que os divirtáis ahora que podéis —dijo el gordo—. Nadie sabe lo que puede suceder mañana o dentro de un minuto.

Cerró la puerta con violencia y se escuchó el ruido de cadenas y candados.

—¡Cerdo despreciable! —gritó una de las mujeres.

Era alta y delgada, aunque su cuerpo revelaba un perfil que un hombre juzgaría con una calificación próxima al diez absoluto, número en el que se condensan la admiración, la lujuria, el deseo irrefrenable y la certeza de que esa mujer no es para él.

—Lamento no poder daros la bienvenida —dijo Sally—, Lo mejor de este lugar debe ser, seguramente, poder marcharse a la velocidad del sonido.

—¿Quién eres? —preguntó otra de las mujeres.

—Me llamo Sally. Sally Nolan y también estoy prisionera de estos piratas. Hace un par de meses abordaron nuestro velero, mataron a mi esposo y me trajeron a este horrible lugar. Es como un mal sueño, navegábamos tranquilamente en un mar calmo y, de pronto, cayeron sobre nosotros como salidos de una película de guerra.

—Conocemos la historia —dijo la mujer hermosa—, nosotras no hemos llegado en paracaídas. Si me dieran una sola oportunidad les arrancaríamos las tripas con mis uñas.

—Tranquilízate, Louella —dijo la mujer que aún no había intervenido—, no ganaremos nada si perdemos la calma.

Era pequeña y de tez oscura, como el color de una aceituna. Sus grandes dientes blancos parecían una barrera de arrecifes y los ojos, de un negro profundo, revelaban un carácter decidido y enérgico.

—Permítame que me presente. Soy Estrella Cerezo, esta hermosa joven es Louella Dixon y ella es Mary Baxter.

—¿Louella Dixon? ¿La actriz de cine? —preguntó Sally.

—Sí, querida —dijo Louella—, y te prometo que todo esto no es un montaje publicitario. Nosotras también navegábamos tranquilamente en la enorme bañera de lujo del gran Robert Finnegan cuando estos

bastardos aparecieron en cubierta, liquidaron a la tripulación y arrojaron los cadáveres por la borda.

—¿Y el resto de los hombres?

—Los tienen en otra parte de la isla —respondió

Louella con una mueca despectiva—. Aunque estuviesen aquí no serían de gran ayuda. Mi prometido se meó en los pantalones cuando comprendió lo que es taba pasando.

Truman, el esposo de Mary, estaba borracho como una cuba y Anselmo, el esposo de Estrella, tiene setenta años y es incapaz de ver a un elefante dentro de una pecera.

—¿Antes has dicho Robert Finnegan? ¿Te refieres al millonario? —preguntó Sally con los ojos abiertos como platos.

—Sí —dijo Louella—, el mismo. Y para completar el cuadro de las grandes fortunas, también han secuestrado a John Carlyle y a Ashton Mercury. ¿Qué me cuentas, chica?

Estos piratas podrían lograr que el mismísimo presidente viniese a besarles el culo si amenazan con volarles la cabeza a estos señores.

—Me sorprendes, Louella —dijo Mary Baxter—, Cualquiera diría que has cambiado en estas horas.

—Te equivocas, querida Mary —replicó Louella con los brazos en jarras y un brillo acerado en los ojos verdes—. Esta soy yo. La que había cambiado era la otra, la que disfrazaron de Louella Dixon para ganar hectáreas de pasta. ¿Tú crees que llegué a ser una estrella por mi gran talento dramático?

—Bueno, reconozco que tu belleza también... —comenzó a decir Mary Baxter.

—¿Sabes con cuántos ayudantes de cámara, pequeños productores, directores de cortometrajes y chóferes de magnates me he tenido que acostar para conseguir que me tomasen en serio? Hay pedazos míos desparramados por todos los estudios que puedas nombrar, Mary.

—No parece que te haya ido tan mal —replicó Mary—, Vives como una reina y con sólo chasquear los dedos puedes hacer que te regalen una pantera para que cuide tu jardín.

—Tonterías —dijo Louella—. Estoy metida en este mundo porque me gusta el dinero y no lo niego. Pero hasta llegar a él tuve que caminar sobre clavos ardientes. Y ahora lo único que sabemos es que estamos encerradas aquí y que ni tu dinero ni mi halo de misterio impedirán que estos miserables nos corten a pedazos.

—Ya está bien —intervino Estrella Cerezo—. Dejémonos de historias y confiemos en

que sea precisamente nuestro dinero el que nos saque de aquí.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Sally.

—Escuché a uno de los piratas cuando ordenaba a Finnegan que se pusiera en contacto con su gente en Miami —dijo Estrella—. Supongo que pedirán un rescate por todos nosotros y luego nos dejarán en libertad.

—Yo no estaría tan segura —dijo Louella—. Sally hace dos meses que está aquí.

—Es verdad —asintió Sally—. Y no sé qué quieren de mí. Mi esposo tenía dinero, pero al lado de vuestras fortunas es una pila de monedas. Además, está muerto y... —no pudo reprimir un sollozo.

—No llores, Sally —dijo Louella—. Tú estás viva y eso es lo importante.

—Sí, estoy viva. Y eso no es todo —dijo Sally.

Las tres la miraron con expresión interrogativa.

—Estoy embarazada. Iba a ser nuestro primer hijo.

—¡Mierda! —exclamó Louella.

* * *

Carol había limpiado y ordenado la casa y Lou percibió el cambio en las flores naturales que adornaban distintos rincones y en el olor a comida que llegaba desde la cocina.

—Hola —gritó—, ¿hay alguien en casa?

—Estoy en la cocina —respondió Carol—. Nick ha ido a nadar.

La vio aparecer con el cuerpo moreno apesadado por un bañador

elástico, de escote profundo, que apenas cubría la mitad de las nalgas rotundas.

Ella se detuvo y sonrió complacida.

—Lou —dijo—, esa mirada tuya es más reveladora que tu diario íntimo.

—No lo siento, muchacha. Hace demasiado tiempo que no percibo algo parecido...

—¿Parecido a qué?

Los dos se observaron en la penumbra del salón. Estaban quietos y la respiración acompañaba las intenciones del diálogo como un toque de clarín durante la carga de la caballería ligera.

Lou redujo la distancia que le separaba de la mujer, le rodeó la cintura con los brazos, la miró seriamente y luego la besó profundamente en los labios.

Cuando se separó de Carol, llevaba en su pecho las huellas de sus senos duros y redondos, la tibieza de su piel y el latido de la sangre bravía.

—Otra vez... —pidió Carol y en puntas de pie, inició un beso todavía más desesperado.

—¡Carol!

Era la voz de Nick.

Entró en el salón y sonrió ampliamente.

—Hola, muchacho —dijo Lou.

—Me alegro de que hayas regresado, amigo. ¿Qué noticias nos traes?

Carol soltó la mano de Lou y fue hasta la mesilla de las bebidas.

Lou se sentó en un sillón y observó el cuerpo cimbreado de la mujer.

—Vito nos dará noticias en una semana.

—¡Dios santo, es demasiado tiempo! —estalló Nick.

Carol le alargó una copa.

—Calma —dijo Lou—. Necesitamos calma. Los contactos que me dio Negri no saben nada y son tipos que le deben mucho a Vito. Bob tampoco ha conseguido nada que pueda servirnos.

—Y entonces.... ¿qué diablos podemos hacer? —preguntó Nick.

—Preparar un crucero, publicitario y esperar que esa pandilla de chacales venga a por nosotros.

Lou bebió el whisky de un sorbo y miró a Carol.

—Yo iré —dijo ella serenamente.

—No —intervino Nick.

—Iré. Sally es mi hermana. No quiero discutirlo con vosotros. Conozco los riesgos y soy mayor de edad.

—Carol...

—Déjalo, Nick. Carol sabe a qué atenerse. A mi tampoco me gusta la idea de que caiga en manos de la jauría, pero necesitamos también el anzuelo de una mujer hermosa.

Carol levantó la copa en dirección a Lou, le guiñó el ojo derecho y sorbió lentamente, en un brindis de complicidad.

—Cuéntanos todo lo que has planeado, Lou.

—Está bien. Nick. He contrastado todos los datos que me facilitaron Vito Negri y Bob Litieri. El resultado, a mi modo de ver, es el siguiente. Los piratas conocen la ruta de los yates y la riqueza de los navegantes. Alguien les sopla los detalles. Tienen contactos para solicitar los rescates y también para distribuir a las mujeres en los burdeles de lujo.

Nick apretó las mandíbulas, pero no dijo una sola palabra.

—Continúa —pidió Carol.

—Así no hay modo de saber dónde se ocultan. Las autoridades han revisado su madriguera, de modo que nuestras posibilidades de hacerlo son mínimas...

—A menos que ellos vengan a por nosotros.

—Así es, Carol.

—¿Cómo trabajan? ¿Cómo reciben los detalles de cada crucero? ¿Cómo entregan a las mujeres? —se preguntó Nick en voz alta.

—Bob ha seguido los casos de piratería y tiene una teoría que yo comparto.

—¿Cuál es esa teoría, Lou?

Ahora Carol parecía ansiosa. Había sido abandonada por la eterna serenidad que transmitía, y revelaba el trasfondo estrictamente emocional que la alimentaba.

—Alguien les envía los planes de los cruceros utilizando una radio, empleando un código que disfraza el contenido de los mensajes y valiéndose de una frecuencia que seguramente alteran cíclicamente.

—Muy inteligente —aceptó Nick, restregándose las manos.

—Utilizarán un sistema parecido para entregar a las mujeres. Seguramente en alta mar y sin revelar su refugio. Es una banda de piratas que trabaja como una agencia de intermediarios de identidad protegida.

—¡Malditos sean! —rugió Nick.

—Bebe otra copa, muchacho —sugirió Lou, Y Carol llenó nuevamente el vaso del hombre.

—De acuerdo, creo que es un buen plan —reconoció Nick, mirando fijamente el whisky, sin probarlo.

—Estoy pertrechando mi barco. Llevará diez días ponerlo todo a punto.

—¿Tu barco? —preguntó Carol.

—Eso es. Ahora se llamará *Santana* y tiene el aspecto de los pequeños yates que utilizan los nuevos ricos para reunir el placer, el lujo y la aventura dentro del mismo casco.

—¿Qué estás haciendo con él? —preguntó Nick.

—Convirtiéndolo en una sorpresa, muchacho. No llevaremos solamente una pistola lanzabengalas. Puedes apostar por ello.

—Me gustaría conocer el *Santana* —dijo Carol.

—Iremos esta tarde.

—Yo no puedo, Lou. Voy a colaborar en la sorpresa. Nos encontraremos aquí mañana al mediodía.

Repentinamente, Nick había comenzado a sonreír. Ya no se hallaba en un callejón sin salida, padeciendo la ausencia monstruosa de Sally, sino que había pasado a la ofensiva.

Salió del salón, pero antes dejó el whisky intacto encima de una mesilla.

—Tiene esperanzas —dijo Carol—, y temo que no sean fundadas. Sally...

—Puede estar muerta o prostituida —la interrumpió Lou—, pero no nos ayudará pensar en ello, excepto para fortalecer nuestra decisión de cogerlos en la red del *Santana*.

—Llévame a conocer tu barco —pidió Carol—. Estaré lista en un minuto.

Un minuto más tarde aparecía vestida con un *short* minúsculo, sandalias de cuero y una camiseta sin mangas y de escote redondo que ofrecía una magnífica panorámica de sus pechos erguidos y duros, sueltos como pequeños animales frutales.

Nick apareció entonces en el salón, vestido como un cazador blanco: pantalones y chaqueta de dril, zapatillas de deporte y una sonrisa enigmática.

—Lou —dijo—, amo a Sally y temo por ella, pero ya no hay nada que pueda hacer como no sea seguir adelante con este plan, de modo que sustituiré la desesperación por la venganza fría. De algo tiene que servirme el par de años miserables que pasé en Vietnam.

Besó a Carol en las mejillas, apretó la diestra de Lou y salió de la casa alegremente.

—Vamos allá —dijo Lou, y salieron tras el muchacho.

Nick les precedió en la carretera de la costa durante quince kilómetros antes de apartarse por un desvío que se internaba en los Everglades.

Una hora más tarde, Lou detenía su Land Rover en un terraplén de tierra apisonada que franqueaba el brazo amarillento de una laguna

erizada de manglares.

—¿Qué sitio es éste? —preguntó Carol.

—Un viejo puerto donde vive el mejor artesano naval de Florida.

—Pues no parece muy próspero.

—Es un artesano, no un magnate naviero. Además, no le interesa el dinero.

—Me gustaría conocerle.

—Tendrás que aguardar hasta mañana. Ya son más de las seis de la tarde y sólo permanece aquí hasta las cinco y media. Luego se reúne con sus viejos amigos marinos.

Recorrieron un largo y estrecho muelle de madera gastada que corría paralelo al malecón de piedra diseñando un espejo de agua protegido de la agresividad del

Atlántico.

Allí estaba el *Santana*.

—¡Es una maravilla! —exclamó la muchacha.

—Es fuerte, muy marinero y conoce todos los trucos. Un buen amigo el *Santana* —

sonrió Lou.

Saltaron a la cubierta y Carol hizo mil preguntas, interesándose por todo cuanto veía a su alrededor.

—¿Un café? —ofreció Lou, indicándole la puerta que, junto a la timonera, conducía a la entraña lustrosa del barco.

—Sí.

Una escalerilla les llevó hasta un estrecho pasillo.

—Estas dos puertas corresponden a los dos camarotes de invitados. Son pequeños, pero confortables.

Un par de metros y el pasillo se abría hasta formar un salón cómodo con butacas fijas, una mesa movable, alacenas y una estufa de carbón.

—¿Una estufa? —preguntó Carol, asombrada.

—La hice colocar porque suelo vivir en el barco durante largas temporadas, sin moverme de un sitio específico. Y me gusta el calor del carbón.

—¿Qué hay allí?

—El cuarto de baño, la ducha auxiliar y al final, mi camarote.

Carol clavó sus ojos magníficos en Lou y su sonrisa fue una invitación al país de la sensualidad.

Lou pasó a su lado, abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarla pasar.

Una cama ancha, de madera, fija junto a dos ojos de buey; una mesa, una librería con bandas de bronce que impedían que los libros cayeran con el balanceo de la mar gruesa, y un pequeño guardarropa era todo el mobiliario.

Junto a la cama había un viejo arcón cubierto por un tapiz y, encima del escritorio, la fotografía de una mujer hermosa, joven, sonriente y dorada de sol.

—¿Es ella?

Lou cogió la fotografía, la miró un instante y luego la depositó dentro de uno de los cajones del escritorio.

—¿Por qué lo haces, Lou?

—Ella aprobaría lo que estoy pensando, muchacha, pero no le gustaría presenciarlo.

Dio un paso hacia Carol, la cogió por la mano y la llevó hasta la cama. Sin dejar de mirarla fijamente a los ojos, comenzó a desvestirla sin prisas, acompañando cada gesto con una caricia breve y sabia.

—Lou...

Observó durante un largo minuto el cuerpo desnudo y tenso de la mujer y recordó, fugazmente, el otro cuerpo, el único que hasta entonces se había agitado en el intestino del *Santana*.

Luego, se desvistió para cubrir con su cuerpo la piel ardiente de la mujer, recorrerla con la boca voraz y buscar, lenta y definitivamente,

la senda que Carol abría su paso.

—¿Qué hay de ese café? —preguntó ella sonriente, cuando la noche había invadido todos los rincones.

—Estoy enamorado de ti —dijo Lou.

Ella le besó con delicadeza en los labios conocidos y se sentó a horcajadas sobre sus muslos.

—¿Qué ocurrirá ahora?

—No lo sé. muchacha. Pero es como si la historia volviera a repetirse. No soportaría un final como...

—Vivamos aquí hasta que emprendamos la aventura. Lou.

—¿Y Nick?

—Le invitaremos a cenar —rió Carol y se dejó caer sobre él como una danzarina húmeda y feliz.

CAPITULO VI

Nick llegó al *Santana* provisto de una maleta metálica de aspecto misterioso. Observó a Lou y Carol con ojos escrutadores y sonrió al viejo Tropo, que fumaba su pipa con expresión burlona.

—De modo que habéis decidido quedaros en el barco. Bien, no os culpo. Es un buen sitio para intercambiar miradas tiernas —dijo Nick, saltando a la cubierta.

—Tropo, éste es Nick —dijo Lou.

El viejo estrechó la mano del muchacho y sonrió con dulzura.

—Os dejo. He de trabajar. Tendré todo dispuesto para dentro de cinco días, hijo —dijo a Lou.

—Gracias. ¿Qué traes en la maleta, Nick?

—¿Qué armas piensas llevar, Lou?

—Vamos abajo.

Reunidos en el camarote principal, Carol sirvió tres tazones de café y Lou abrió el viejo arcón.

Sacó varias fundas de las que extrajo un par de escopetas de caza mayor, un fusil de repetición de la serie *M* y dos cartucheras con proyectiles.

—¿Armas cortas? —inquirió Nick.

Lou sacó entonces un paño plegado, lo abrió sobre la cama y mostró una pistola Colt 45, una Beretta pequeña y dos Smith & Wesson del 38.

—Tengo proyectiles como para sostener una pequeña guerra.

—Estupendo, amigo. Yo traigo lo que tú no tienes.

—¿De qué se trata?

—Ahora verás.

Nick quitó la tapa a la maleta metálica y dejó al descubierto un arma

que Lou desconocía.

Quitó las piezas y en tres minutos montó un adminículo que a Lou le pareció un bazooka.

—Parece un bazooka —dijo Carol.

—Es algo mejor. Un lanzacohetes. Mirad.

Había seis proyectiles alineados y sujetos al fondo de la maleta. Su aspecto era el de pequeños misiles.

—¿Sabes cómo se emplea? —preguntó Carol.

—Soy un experto. Y te aseguro que puedo hundir esa maldita cañonera a ochenta metros y con el mar agitado.

—No será necesario, Nick. Necesitamos coger a uno de ellos con vida —dijo Lou secamente.

Su rostro se había endurecido y apretaba los puños aferrando una de las escopetas de caza mayor.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Carol.

—Nada.

—Pensabas en Clea, ¿verdad?

—Sí, pensaba en ella. En ella y en ti. Será una batalla sangrienta y no deseo que te ocurra nada, Carol.

—Me voy —dijo Nick—. Discutid el asunto a solas. Regresaré en cinco días. Si me necesitáis estaré en tu casa, Lou. ¿De acuerdo?

—Eres un muchacho discreto —sonrió Lou.

—Que os divirtáis.

Cuando salió del camarote. Lou desmontó el lanza- granadas y lo devolvió a la maleta.

Puso las armas en el arcón y se acercó a Carol.

—Vamos a nadar. Nos queda una semana de tiempo antes de que todo esto se convierta en una expedición salvaje.

El tuerto entró en la celda acompañado por el gordo libidinoso y miró a las mujeres.

Hacia quince días que estaban juntas en una habitación amplia y limpia, sometidas a un tratamiento muy considerado.

Louella miró al tuerto y luego al gordo. Apoyó una mano en la cadera y sonrió fieramente.

—¿Qué hay, fantasmas? —se burló—. ¿Habéis decidido invitarnos a tomar el té?

El tuerto dio un paso hacia Sally y la cogió por un brazo, obligándola a ponerse de pie.

—¡Suéltala, bastardo! —bramó Louella.

—¿Me ocupo de ella, Twain? —preguntó el gordo con ojos brillantes de lujuria.

—No, Fatty.

—¿Dónde me lleváis?

—Tú no eres del grupo, reina. Tienes otro destino.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mary Baxter.

—Yo os lo diré, ricuras. Hemos enviado a vuestros sementales a buscar la pasta. Ya han llegado a destino y hemos recibido una parte del dinero. El resto llegará cuando os liberemos. Pero esta muñeca no entra en el trato.

—¿Qué haréis con ella? —preguntó Estrella Cerezo, y su cuerpo se estremeció involuntariamente.

Fatty se acercó a Sally y estiró un brazo para pasar la mano regordeta por el nacimiento de los senos henchidos.

—Déjala —ordenó Louella sin levantar la voz.

—Eres arisca, pero tendrás que controlar tu carácter si deseas salir de aquí —advirtió el tuerto.

—Dile al cerdo que quite sus patas de Sally —repitió Louella.

El gordo se volvió hacia ella con expresión furiosa.

—Voy a enseñarte un par de cosas, zorra —bramó.

—¿Cómo lo harás, puerquito? ¿Crees que tienes lo suficiente para una chica como yo?

El gordo se abalanzó sobre Louella y la muchacha lanzó una carcajada antes de levantar

la pierna derecha como si estuviese haciendo una práctica de ballet y estrellar el pie endurecido en la entrepierna de Fatty.

El gordo aulló de dolor y se dobló. Louella saltó y cayó de pie sobre la espalda encorvada, enviándole de bruces al suelo.

—Ella viene con nosotras, yo pagaré lo que sea necesario. ¿Me has comprendido? —dijo entonces, enfrentándose con Twain.

—¿Por qué habría de aceptar?

—Porque el dinero te gusta, perro. Y yo tengo dinero.

—La venderé a unos amigos de Hamburgo. Tengo todo preparado para el envío. Sacaré una buena tajada —dijo el tuerto, sin prestar atención al gordo, que se revolvía en el suelo.

—Es un mal negocio —advirtió Louella—, y no creo que a tu jefe le guste perder dinero.

Dile que quiero hablar con él.

—Yo soy el jefe.

—No me hagas reír, encanto. Tú eres el que ladra a los cerdos como Fatty, pero las ideas vienen de otro cerebro. ¿Cuánto recibiréis de los gusanos de Hamburgo?

—Cien de los grandes.

—Está bien. Yo os daré doscientos. Díselo a tu amito blanco y luego tráenos la respuesta.

El tuerto soltó a Sally y se inclinó para ayudar a Fatty a ponerse de pie.

—Voy a matarte, perra... —aulló el gordo.

—No tienes agallas ni fuerzas suficientes, cerdo. Lárgate y no vuelvas. Nosotras valemos mucho dinero y tú sólo eres un escupitajo en la marea.

Twain miró a la actriz. Había perdido su tipo elegante y sofisticado y parecía recién salida del arroyo.

Louella sostuvo su mirada hasta que los dos hombres retrocedieron en dirección a la puerta.

—¿Dónde están los hombres? —preguntó entonces Mary Baxter.

—A salvo. Podéis quedaros tranquilas, aunque no valían mucho —se burló Twain.

—¿Por qué lo dices, asesino? —intervino Sally—. ¿Acaso tú eres algo más que basura?

Twain dio un paso y la abofeteó con fiereza.

—¡No la toques, maldita sea! —bramó Louella, interponiéndose entre el tuerto y Sally.

El gordo aprovechó la situación y le hundió el puño en el estómago. Louella se dobló y abrió la boca para respirar. Fatty levantó un brazo para volver a golpearla, pero el tuerto se lo impidió.

—¡Déjala, idiota! Esa mujer vale millones. ¡Largo de aquí!

Salieron, y Sally se precipitó sobre Louella para ayudarla a ponerse de pie.

—Hijo de... —balbució la actriz y una náusea incontenible trepó hasta su boca.

—Ven, recuéstate —sugirió Mary Baxter, sosteniéndole la cabeza bien alta.

—Bebe —dijo Estrella, entregándole un vaso de agua.

—Gracias..., ya estoy bien.

—Eres muy valiente, Louella —agradeció Sally—. No sé cómo has podido.

—No ha sido valentía, hijita. Conozco el tipo. Parecen chacales y lo son, pero el dinero manda. Lo aprendí desde que era una niña muy

desarrollada de doce años. Ellos sólo son intermediarios. Debe haber un jefe, y es quien decide. ¿Entiendes?

—Sí, pero yo no tengo dinero —dijo Sally—. Y tú...

—Tienes algo más que dinero, muchacha. Tienes un recuerdo de amor que vale la pena conservar y un hijo de ese amor en tu vientre. El resto sólo es dinero, sucio dinero... —

murmuró Louella y entonces, sonriendo repentinamente, agregó—: Maravilloso, rico y crujiente dinero.

Y lanzó una carcajada de dientes perfectos.

—Les han soltado... —dijo Mary Baxter, como si hablara con un espectro invisible.

—Están libres. Entonces sólo es cuestión de tiempo —se regocijó Estrella Cerezo.

—Reflexionemos —dijo Sally—. Esto parece una isla y nos tratan mejor de lo que había supuesto el día en que... mataron a Nick.

—Olvidalo, princesa —aconsejó Louella.

—Si se han llevado a vuestros hombres y recibido una parte del dinero, quiere decir que pronto nos sacarán de aquí... en barco.

—Y nos entregarán a alguien en alta mar —añadió Mary Baxter.

—Seamos sinceras, amigas —intervino Louella, poniéndose de pie y sujetándose el vientre chato y dolorido—: ¿Quién de nuestros pudientes admiradores, ya sea marido, amante o prometido, tendrá los cojones suficientes para realizar personalmente el canje?

—Anselmo es un anciano —dijo Estrella Cerezo.

—Y Truman no es un hombre de acción, Louella —se defendió Mary.

—Mi prometido se meó en los pantalones, de modo que será mejor borrarle de la lista.

¿Creéis que Ashton Mercury, Carlyle o Finnegan emprenderán la cruzada para rescatar a las dulces palomitas de sus amigos?

—¿Adónde quieres llegar, Louella? —inquirió Sally.

—No quiero quitaros las esperanzas, hijitas, pero les llevará más tiempo del que pensáis enviar el dinero para nuestro rescate.

—¿Por qué? —quiso saber Mary Baxter.

—Porque antes deben hallar a alguien adecuado para hacer el canje. Un tipo duro, inteligente, capaz de sostener un timón y suficientemente confiable como para poner en sus manos un maletín con varios kilos de dólares.

Sally se miró las manos y luego el vientre curvado.

—Sí, es cierto —dijo entonces—. Tendréis que aguardar todavía algún tiempo.

—Todas —la cortó Louella.

Sally meneó la cabeza.

—No creo que se avengan a dejarme marchar. Te agradezco el interés, pero ellos tienen sus planes y parecen lo suficientemente estúpidos como para alterarlos por alguien como tú o como yo.

—Te equivocas —dijo Louella—. No lo harán ni por ti ni por mí, sino por un fajo de billetes. Déjalo de mi cuenta, conozco el paño más de lo que mi memoria admite sin dolor.

El cerrojo de la puerta interrumpió las elucubraciones y un tipo alto, con un pasamontañas negro cubriéndole el rostro, entró en la amplia celda. Detrás venía el tuerto armado con su pesado revólver y con una sonrisa torcida como sus pensamientos.

Cuando el encapuchado habló, su voz brotó apagada y amenazadora.

—En este negocio no se admiten las tonterías —dijo el tipo—. Sólo sois carne con un

precio...

—...con un buen precio, *Batman* —le interrumpió Louella.

El tipo dio un paso y le propinó una bofetada brutal que arrojó a la actriz contra el grupo de mujeres.

—¡Magnífico! —se burló Louella con los ojos brillantes de furia y modulando las palabras con un desprecio infinito—. Y ahora, ¿qué más harás, héroe? ¿Violarme?

El tipo volvió a golpearla y la actriz lanzó una carcajada femenina.

—Sé cómo tratar a las puerkas como tú, encanto —dijo el encapuchado.

—Claro que lo sabes, eres todo un hombre de pelo en pecho, sólo que tienes los cojones vacíos.

El tipo dio un paso más y Louella levantó los brazos con los dedos engarfiados y una expresión animal en su rostro amoratado.

—Escúchame, infeliz. Puedo matarme y dejarte sin mi tajada. ¿Entiendes? Soy tu prisionera, pero mi precio. como tú has dicho, es elevado y necesitas dólares para quitarte la máscara e ir por el mundo como un duque fastuoso.

—Puedo prescindir de ti, zorra.

—Pero no lo harás, y tampoco prescindirás de Sally. Ella viene con nosotras. Yo pagaré su rescate.

—¿Cómo?

—Como tú lo desees.

—No.

—Claro que lo harás, rey.

La voz de Louella resonaba con infinita seguridad y Sally se estremeció.

—Dime una sola razón por la que deba alterar los planes previstos, golfa.

—Te daré dos razones, chacal. La primera ya la conoces: pagaré doscientos mil dólares por ella.

—¿Y cuál es la segunda?

—Que está embarazada y no creo que tus compra dores deseen un problema, sólo quieren carne para comerciar. ¿Me equivoco?

El encapuchado miró a Sally y sus ojos relampaguearon en las cuencas ensombrecidas por el pasamontañas.

—¿Es cierto?

—Sí, lo es —admitió Sally con firmeza.

—Doscientos mil dólares —dijo Louella firmemente.

—Está bien. Me firmarás un poder y reclamaremos el dinero a tu compañía de seguros.

—No es necesario. Te daré una nota para el gerente de mi banco y podéis sumar el dinero al resto que reunirán los demás. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo el encapuchado e hizo un gesto al tuerto.

Cinco minutos más tarde, Louella entregaba el papel firmado. El encapuchado cogió la nota, lanzó una risilla ahogada y, antes de que Louella pudiese evitarlo, la apresó por los cabellos, le levantó el rostro y la abofeteó varias veces.

Cuando la soltó, apenas si podía respirar convulsivamente.

—Carne —dijo el tipo—, eres sólo carne a la que puedo destruir. No lo olvides, zorra.

Y salió de la celda, seguido por el tuerto.

Sally se precipitó sobre Louella y la ayudó a incorporarse.

—¡Dios mío! ¡Es un animal salvaje! —exclamó Mary Baxter.

Louella sonrió con los labios rotos y sangrantes.

—Es un animal, hijitas, pero se enfureció porque ha perdido la batalla.

Con un paño húmedo, Sally quitó la sangre del rostro de la actriz.

—¡Santo cielo, quiero salir de aquí! —gritó Estrella

Cerezo, cayendo de rodillas ante la puerta cerrada—. ¡Quiero salir de aquí!

Sally se acercó a ella, la cogió por la cintura y la arrastró hasta uno de los camastros.

—Tranquilízate, ahora sólo podemos esperar.

—Y portarnos bien —añadió Mary Baxter, volviéndose hacia Louella—. No les provoques más o...

—¿O qué...? —preguntó la actriz, desafiante.

—O... quién sabe lo que pueden hacernos.

—¿A qué le temes. Mary? Pueden violarte o golpearte. pero no te matarán. ¿Por qué diablos comportarse como mojigatas temblorosas? Algún día encontraré a ese cerdo encapuchado y entonces...

—¿Cómo le reconocerás? —preguntó Sally.

—Tiene los dedos de la mano izquierda torcidos por algún golpe y la marca de un anillo de sello que se ha quitado antes de entrar a la celda. Además..., no me resulta del todo desconocido...

—Mary tiene razón. Louella —dijo Sally—. No me gusta ver cómo te golpean.

—Muñeca, he decidido volver a tomar las riendas de mi vida. Se acabó la farsa.

CAPITULO VII

Un individuo alto y de complexión robusta, vestido con un absurdo traje de gabardina gris, sombrero de fieltro azul y zapatos con suela de goma, aguardó en el extremo del muelle mientras otros dos sujetos del mismo aspecto, pero con trajes de lino color arena, avanzaban hacia el *Santana*.

El viejo Tropo hizo sonar el silbato que llevaba colgado del pecho y Lou dejó de trabajar en el interior del camarote para escuchar con atención.

—¿Carol?

—Si, dime, Lou.

—¿Viene alguien?

La muchacha se volvió, hizo girar la silla fija de la timonera y echó un vistazo al muelle por encima de sus gafas de sol.

—Dos hombres.

—¿Qué aspecto tienen?

—No parecen trigo limpio.

Lou salió del camarote y se apresuró a subir a la timonera. Un segundo le bastó para reconocer a los dos tipos.

—¿Lou Harrison? —preguntó el que venía adelante y su voz pareció salir de una fragua metálica.

—¿Qué deseáis?

—Eres Harrison, ¿verdad?

—Déjate de formulismos. Has llegado hasta aquí y me conoces. Te he visto una que otra vez en los Tribunales. En todos los casos te habían untado los dedos.

El tipo sonrió sin alegría y la mueca estremeció a Carol.

—No te pongas nervioso. Mack —dijo el otro, apartándose el bigote espeso con el extremo de la lengua.

—No tengo tiempo para el *show*, caballeros.

—Hemos venido a buscarte. Alguien importante quiere verte. Mack y yo te escoltaremos.

—No debe ser muy importante, si os ha enviado a vosotros. Además, no tengo intención de acompañaros a ningún sitio.

—Escucha, pimpllo..., procura ser razonable o tendremos que hacerte daño delante de la muñeca.

La voz metálica era más obscena que la húmeda caricia de un violador.

Mack saltó a la cubierta del barco y en su mano derecha apareció una porra de goma y plomo.

—De acuerdo —dijo Lou y armó una guardia de boxeador, con los codos a la altura de los flancos y los puños cerrados delante del rostro.

Los músculos del torso se pusieron tensos y Carol retrocedió hacia la puerta, que permitía el acceso a los camarotes.

Desde el extremo del muelle, el individuo del traje de gabardina gris, sonreía complacido, atento al desarrollo de la escena.

Mack lanzó un golpe con la porra. Fue un buen golpe, corto y seco, dirigido a la cabeza.

Lou se encogió, esquivó el golpe y lanzó dos *jabs* precisos al rostro del matón. Fueron dos puñetazos perfectos y Mack se bamboleó hacia atrás, abriendo los brazos. El gancho le cogió desequilibrado y estuvo a punto de arrancarle la cabeza. Su cuerpo se arqueó, chocó contra la borda y cayó al mar.

En la diestra de Voz Metálica había aparecido una automática.

—¡Péscalo! —ordenó a Lou, apuntándole directamente al pecho—. No sabe nadar.

—No es amigo mío —dijo Lou.

—Puedo reventarte las rodillas, muñeco.

—Pero no lo harás —dijo Carol desde la puerta de los camarotes.

Tenía una escopeta de caza mayor entre las manos y el poderoso

cañón relucía bajo el sol.

—Te sugiero que dejes caer la automática y te ocupes del bueno de Mack —dijo Lou—.

Está sumergiéndose.

Con un rápido movimiento, sin quitar los ojos de encima al matón. Carol accionó el cerrojo del fusil y colocó una bala en la recámara.

—¡Maldita sea! —bramó Voz Metálica y, dejando caer la automática sobre el muelle, se zambulló en las aceitosas aguas del embarcadero para pescar a Mack.

Desde el extremo del muelle, junto al malecón, el individuo del traje de gabardina gris, sonriendo divertido y sudando copiosamente, se acercó al *Santana*.

Lou saltó a tierra y recogió la automática para apuntar con ella al recién llegado.

—Tranquilo, hombre. Vengo en son de paz —dijo el tipo, sin dejar de sonreírse—. Mi nombre es Pat Donovan. Soy de Nueva York.

—Hermosa ciudad —bromeó Lou.

Detrás del tipo apareció el viejo Tropo portando una vieja escopeta de doble cañón.

—Lo siento, hijo —se disculpó—, pero no pude llegar más rápido. Tenía el arma detrás de una tonelada de porquería.

—Está bien. Tropo. No hay cuidado.

Voz Metálica se acercó al muelle sujetando a Mack por el cuello de la americana y miró a Donovan.

—Ayúdeme —dijo con furia contenida.

Donovan se inclinó, cogió a Mack de la muñeca y lo izó como si fuese un osito de peluche.

Mack tosió, vomitó, abrió los ojos, se estremeció y luego procuró hacerse una idea de lo que había ocurrido.

—El trabajo ha terminado. Podéis llevaros el coche —dijo Donovan.

Mack lanzó una mirada asesina a Lou, que se limitó a sonreírle con tanta preocupación como un niño ante la presencia de un bufón de circo.

—Y ahora, ¿cuál es el segundo acto? —preguntó Lou.

Carol salió a cubierta portando la escopeta de caza.

—No hace falta el arma, señorita. He venido a haceros una proposición. El señor Finnegan desea entrevistarse contigo, Harrison.

Lou miró a los dos matones que se alejaban por el muelle y sonrió.

—¿Una prueba? —preguntó.

—Así es. Vito Negri aseguró al señor Finnegan que tú eras el hombre indicado, pero el señor Finnegan prefiere sacar sus propias conclusiones. Ese es el secreto de su fortuna.

—¿Para qué desea verme?

—Eso te lo diré personalmente. Ha arrendado una finca discreta a un par de kilómetros de Naples. El nombre de la casa es Villa Marinic.

—¿Qué pintas tú en este tinglado?

—He trabajado para el señor Finnegan en Nueva York. También soy investigador privado.

Las últimas palabras de Donovan sonaron como si ambos pertenecieran a una raza deleznable por el solo hecho de ser detectives por cuenta ajena.

—De acuerdo, iré. Villa Marinic.

—Eso es, amigo. Si vienes alguna vez a Nueva York, búscame. Estoy en las páginas amarillas y me alegrará pagarte un par de copas. Señorita, ha sido un placer conocerla.

Sonrió a Carol y se alejó por el muelle. Al pasar junto al viejo Tropo le sonrió con simpatía.

—Regreso al taller. Lou —dijo Tropo.

—Gracias, abuelo.

—¿Qué te parece? —exclamó Carol—. Han soltado a Finnegan.

La campanilla del teléfono sonó en la distancia y el viejo Trope se apresuró en llegar a su taller. Al cabo de unos segundos, reapareció en el muelle.

—¡Es para ti, Lou!

Era Nick.

—¿Qué ocurre, Nick?

—Ha llamado Bob Litieri. Han soltado a todos los hombres que había invitado Finnegan a su crucero. Todavía no se ha publicado nada. Litieri está seguro de que Finnegan y los demás han pagado una parte del rescate y el resto tendrán que entregarlo a cambio de las mujeres.

—Muy interesante.

—Tenemos que hablar con Finnegan. Lou.

—Eso haré exactamente en una hora, Nick. Me ha enviado un convincente mensaje esta misma mañana.

—Voy contigo.

—Está bien, te recogeré a un par de kilómetros de Naples. Frente al camino de una propiedad llamada Villa Marinic.

—Salgo hacia allá. Lou.

La comunicación se cortó.

Carol le miraba fijamente cuando se volvió para salir del taller.

—Escúchame, Lou..., he pensado que puede tratarse de una trampa.

—¿Qué clase de trampa?

—Si Finnegan ha hablado con Negri puede haberse enterado que estamos dispuestos a salir en busca de los piratas.

—Todavía no hemos iniciado la publicidad de nuestro crucero, nena.

—No, pero..., si Finnegan piensa pagar el rescate de las mujeres, tal vez no desee que ningún plan aventurero ponga en peligro la operación.

—Buen razonamiento, pero tú no conoces a Vito Negri. Jamás me

pondría en un aprieto.

En mi opinión, Finnegan desea hacerme una proposición que puede ayudarnos mucho.

—¿En qué estás pensando?

—Te lo diré cuando regrese de la entrevista.

—Iré contigo.

—No. Iré con Nick.

—Pero...

—Quédate aquí, o mejor..., ve a mi casa en Naples y espéranos allí. Vamos, te llevaré en el coche y luego tú continuarás sola. Nick y yo regresaremos en su automóvil.

—Lou, quiero ir contigo.

—Lo sé. Pero no es necesario. No estoy dejándote de lado. Carol. Finnegan desea hablar conmigo y Nick tiene que venir. Su esposa puede haber estado en el mismo sitio en que retuvieron a Finnegan.

—Sally es mi hermana.

—Carol...

—De acuerdo, iré a tu casa.

—Buena chica.

—Tropo, necesitaremos el *Santana* cuanto antes.

—Estará listo mañana por la mañana. Luego un par de días para montar el escondite y...

—Olvídate del escondite. Creo que no lo necesitaremos.

—¿Qué escondite? —preguntó Carol, cuando subieron al coche.

—En el casco, junto a la sentina. Un sitio donde un hombre pudiera ocultarse a la vista y al saqueo de los piratas. No hunden los barcos y podríamos seguirles. Esa era una parte del plan.

—Entiendo.

—Ellos les llevarían a ti y a Nick prisioneros para pedir un rescate y yo estaría en condiciones de perseguirles.

—Pero... verían el *Santana* tras ellos.

—No. Les seguiría gracias a una señal de radio que emitiría un dispositivo que yo mismo, desde mi escondite, pegaría al casco de su barcaza.

—Sí, eso funcionaría.

—Ahora veremos qué desea el topoderoso Robert Finnegan.

* * *

Nick les aguardaba junto a un camino de pedregullo que se apartaba de la carretera, junto a una señal que indicaba: Villa Marinic.

Lou dejó el volante a Carol, la besó en los labios con fuerza y fue hasta el coche de Nick.

—Hola, muchacha —saludó Nick.

—Cuidaos, por favor.

—No te inquietes, pequeña —sonrió Lou.

Aguardaron a que Carol se hubiese marchado y entonces enfilaron el coche hacia la villa.

Era una casa blanca, de una sola planta, estucada, con rejas en las ventanas y flores en las macetas que pendían de las paredes y los barrotes.

Había cuatro automóviles en el patio anterior, junto a una fuente cubierta de plantas acuáticas. Tres chóferes fumaban junto a la fuente y por su aspecto, Lou supo que su trabajo no consistía solamente en conducir los automóviles de lujo de la pandilla que aguardaba dentro del edificio.

Aparcaron delante mismo de la puerta principal y un anciano filipino apareció inmediatamente para hacerles pasar dentro de la casa.

Les condujo hasta un amplio salón que olía a tabaco cubano y a loción de cinco estrellas.

Había tres hombres en la estancia. El criado filipino cerró la puerta y

uno de los hombres se puso de pie para ir al encuentro de los recién llegados.

Era alto, de aspecto noble, con un físico bien cuidado y melena agrisada de corte cinematográfico. Podía tener cualquier edad entre los cincuenta y los sesenta.

La loción pertenecía a su rostro.

—Soy Robert Finnegan —dijo tendiendo la mano a Lou.

—Mi amigo, Nick Nolan.

—Estos caballeros son Truman Baxter y Anselmo Cerezo. Supongo que les habréis escuchado nombrar en alguna ocasión.

Lou asintió.

—¿Cuándo les han soltado? —preguntó Nick.

—Hace cuatro días.

—¿Y las mujeres? —insistió Nick.

—Esa es la razón de que ustedes estén aquí, señores.

—¿Ha visto a una mujer con los piratas?, una mujer..., aguarde un instante..., como ésta.

Mire detenidamente la fotografía.

Nick puso una fotografía de Sally delante del rostro patricio del millonario.

—No. no la he visto. Pero no significa nada. Tampoco vimos a las mujeres del crucero durante nuestro secuestro. Nos separaron nada más llegar.

—¿Qué ocurrió con la tripulación?

—Les ametrallaron a todos. Seis marineros y dos camareros. También arrojaron por la borda al amigo del señor Ashton Mercury.

—Entiendo —dijo Lou.

—¿Cómo era el sitio?

—Una isla, creo yo —dijo Cerezo.

Era un hombre de piel aceitunada, delgado y macilento. A su edad, las aventuras eran un pasaporte para el otro mundo. A Lou no le hubiese importado que acabara en las tripas de algún tiburón. Era un cretino de antigua data.

—¿Por qué una isla? —insistió Nick.

—No lo sé —dijo Baxter—, pero eso supusimos todos. ¿Dónde si no?

Era alto, buen mozo y con una sonrisa acostumbrada al éxito sencillo.

—Bien, ¿qué desean de nosotros? —preguntó Lou.

—Que llevéis el rescate al punto convenido. Dos millones doscientos mil dólares —dijo Finnegan.

—Una suma extraña. ¿Por qué no dos millones y medio, o dos millones? —reflexionó

Lou.

—Porque hemos recibido instrucciones del banco de

Louella Dixon, instrucciones confidenciales, para que aumentemos en doscientos mil dólares la suma prevista.

—¿Cómo? —se sorprendió Nick.

—Eso es. Louella hizo llegar una nota de su puño y letra al banco, autorizando el pago de doscientos mil dólares a mi cargo para la operación en que todos estábamos empeñados, es decir: el rescate.

—Muy extraño —murmuró Nick.

—Sí. es extraño —admitió Baxter.

—Bien, ¿cuál es la oferta? —preguntó Lou.

—Muy simple. Necesitamos un hombre de confianza que haga el trabajo por nosotros.

Negri y yo hablamos de ello. Tenemos algún negocio juntos y recurrí a él en busca del sujeto indicado. Me dio su nombre de inmediato y me dijo también que creía que de este modo, usted resolvería su problema con mayor facilidad. Dijo, textualmente: «Lou matará dos pájaros con

el mismo disparo.» No le comprendí.

—No se preocupe, continúe —dijo Lou.

—Le entregaremos el dinero y un barco con las instrucciones. Ingresaremos cincuenta mil dólares en su cuenta y otros cien mil cuando esté de regreso con las mujeres.

—No —dijo Lou, y pudo sentir la tensión en los músculos de Nick.

—¿Cómo? —preguntó Baxter.

—He dicho que no.

En ese instante se abrió la puerta por la que habían entrado y apareció un joven muy bien parecido, de largos cabellos, bigote delgado y el aspecto de haber estado bebiendo a conciencia. Vestía pantalón blanco de hilo, mocasines de lona, camisa de punto y americana azul con botones dorados. Parecía el hermano menor de David Niven, si David Niven hubiese sido árabe.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó con voz desagradable.

—Te he dicho que permanezcas alejado de esto, Fuad —le recriminó Finnegan con dureza.

—¿Por qué? ¿Quiénes son los pelagatos?

Lou comprendió en seguida que a pesar del alcohol, el árabe exhibía un cierto dominio sobre sí mismo, el dominio suficiente como para crear algunos problemas.

—Ellos llevarán el rescate, Fuad —intervino Baxter, conciliador.

—¿Ellos? Mi padre se ocupará de todo. Ya os lo he dicho —vociferó, acercándose a Nick.

—Yo lo haré. Fuad —dijo Finnegan—. Ya hemos hablado de ello.

—¡No! No estoy de acuerdo. La muñeca me importa mucho y no voy a permitir que...

—Cierra el pico, muchacho —aconsejó Lou.

—¿Cómo te atreves, perro?

Nick cogió al árabe por las solapas y lo agitó hasta que la cabeza

estuvo a punto de saltar de su cuello.

—Abre la boca una vez más y te quedarás sin dientes, niño bonito —le espetó Nick—,

¿Me has comprendido?

Fuad lanzó una mirada desesperada a Finnegan, que le ignoró olímpicamente.

—Esto no quedará así... —balbució Fuad—, hablaré con mi padre y...

—Y yo le diré que te measte en los pantalones cuando aquel tuerto saltó a la cubierta de mi yate —le cortó Finnegan fríamente.

El árabe se puso de pie para abalanzarse sobre el dueño de la casa, pero Nick le sujetó por un brazo, le dio la vuelta y le asestó un magnífico directo a la mandíbula que le envió al país de los sueños islámicos.

—Ahora hablaremos con mayor tranquilidad —dijo Lou.

—¿No le agrada nuestra oferta, Harrison? —preguntó Baxter.

—Quiero doscientos mil dólares por anticipado, en mi cuenta bancaria, y un talón por otros cien mil para dentro de quince días. Iremos en mi propio barco.

—¡Está loco! —dijo Cerezo.

—Caballeros —sonrió Lou con un tono de voz absolutamente despectivo—, se trata de *sus mujeres* y de su *dinero*, pero yo no les necesito, de modo que lo toman o lo dejan. No me gusta regatear en ninguna circunstancia.

Baxter se restregó las manos y clavó sus ojos en las pupilas neblinosas de Cerezo.

Robert Finnegan parecía divertirse con la situación. No tenía a su mujer en poder de los piratas, pero era el dueño del yate y el organizador del crucero, de modo que su prestigio estaba en juego.

—Estoy de acuerdo. Trescientos mil dólares —dijo Finnegan—. Mis amigos y yo llegaremos a un acuerdo.

—Bien. Zarparemos mañana —dijo Lou.

—Le llevaré personalmente el dinero y las instrucciones al sitio que usted me indique, Harrison —dijo el millonario.

Lou dejó en un papel las señas del embarcadero del *Santana*.

—¿Había un tuerto entre los piratas? —preguntó Nick.

—Sí, un tipo feroz, con un revólver pesado —explicó

Baxter.

—Ya.

—¿Cómo se pondrá en contacto con los piratas? —preguntó Lou a Finnegan.

—Alguien llamará por teléfono todas las noches a partir de hoy a la puesta del sol.

—Entonces, todo está arreglado —dijo Nick.

—Sin locuras, Harrison. Entregue el dinero y traiga a las mujeres con vida. ¿Me ha comprendido? —dijo Finnegan, recuperando su tono autoritario.

—Conozco mi trabajo. Finnegan —replicó Lou.

CAPITULO VIII

Lou estaba sentado en la timonera, conduciendo el *Santana*, mientras Nick montaba el lanzacohetes dentro del camarote. El aroma del café recién hecho ascendía desde la cocina del yate para fundirse en la luz todopoderosa del sol del mediodía. Hacía varias horas que navegaban en dirección al punto de encuentro y no había una sola nave en el horizonte.

Nick subió a la timonera.

—Todo listo, capitán.

—Bien.

—¿Tienes algún plan?

—Sí.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Carol, reuniéndose con los dos hombres.

—No vamos a cumplir el trato —dijo Lou.

—Explícate, compañero.

—Tú estarás en el camarote con tu cañón dispuesto. Carol también estará abajo, en la cocina comedor, armada con uno de los fusiles. Yo llevaré un arma a la cintura y dejaré el otro fusil de caza oculto en la cubierta, al alcance de la mano.

—Continúa —dijo Nick.

—Si ellos están dispuestos a cumplir con lo pactado, entonces aguardaremos a que las mujeres estén a bordo y se alejen con el dinero. Cuando estén en la distancia límite para tu disparo, entonces les enviaré un cohete. Procuraremos recoger a los supervivientes... si los hay.

—Me parece bien.

—Si ellos intentan algo, entonces se iniciará una batalla campal y procuraremos abatirles como sea.

—¿Qué ocurrirá con las mujeres? —preguntó Carol.

—Cariño, si intentan algo, es porque están decididos a no dejar supervivientes —dijo Lou.

—Lou tiene razón, Carol.

—Sí, es posible. Han obtenido suficiente dinero como para retirarse... sin testigos —

admitió la muchacha—. Yo he estado haciendo algunos cálculos. No hay islas en las inmediaciones. Quiero decir que no hay islas susceptibles de servir de escondite a los piratas. Normalmente pasa un día, a veces dos, hasta que se conoce la desaparición de los yates. Tienen tiempo de buscar un refugio idóneo antes de que el servicio de guardacostas inicie la persecución.

—¿En qué has pensado, muchacha? —preguntó Nick.

—En tierra firme, cualquier sitio de los Everglades.

—¿Cómo ocultan esa especie de cañonera guardacostas que emplean en sus asaltos, cariño?

—No lo sé. Pero pueden mantenerse alejados de los yates de recreo o camuflar la embarcación para que tenga otro aspecto desde el aire o a la distancia y, luego, aguardar a la noche para acercarse a tierra.

—Buen razonamiento —dijo Lou.

—En una hora más, lo averiguaremos —dijo Nick, observando las cartas marinas—. Ya casi estamos en el sitio indicado.

—Bien. Ve abajo y ten dispuesto el lanzacohetes. Tú, Carol, trae un fusil y un revólver.

—A la orden, almirante —bromeó Nick, estimulado por la proximidad de la acción y de su venganza.

Carol entregó el Smith & Wesson a Lou, que verificó su carga y lo introdujo debajo del cinturón, sobre los riñones. Luego, llevó el fusil junto al chaleco salvavidas que pendía de uno de los tabiques de la timonera.

—Ahora, amor, ve abajo y ten los ojos bien abiertos. Si tienes que disparar, no te expongas delante de los ojos de buey. ¿Has comprendido?

—Sí.

Se besaron con intensidad y Carol fue a su puesto.

—¿Estás bien, muchacha? —preguntó Nick.

—Lo estoy.

—Bien.

Durante media hora navegaron en silencio, pendientes de la primera señal de alarma.

Carol sentía el *short* y la camiseta pegados a la piel húmeda de sudor y Nick se secaba continuamente las manos para evitar que el lanzacohetes resbalara entre sus dedos.

—¡Allí están! —gritó Lou.

Efectivamente, en el horizonte, desde alta mar, había aparecido la vieja lancha torpedera y se dirigía directamente hacia el *Santana*.

—¡No confíes en ellos. Lou! —advirtió Nick una vez más.

—¿Estáis preparados?

—Sí —replicó Carol.

—Bien, en diez minutos estarán aquí.

—Lou..., por favor, no te arriesgues —imploró Carol.

La torpedera se acercó ronroneante a estribor del *Santana* y Lou reconoció al tuerto.

Había seis hombres a la vista. Junto al tuerto, un tipo gordo y desagradable sostenía una metralleta; más atrás, había dos marineros con chaquetones del ejército y fusiles de repetición; por último, en la popa, había otros dos individuos sentados detrás de una ametralladora de pie, montada sobre un trípode fijo y giratorio.

—Hola, capitán —dijo el tuerto, apuntando a Lou con su pesado revólver.

—No veo a las mujeres.

—Ya las verás, capitán. ¿Dónde está el dinero?

Lou cogió uno de los dos maletines metálicos que tenía a su lado y lo

arrojó al tuerto.

Twain lo cogió al vuelo y lo entregó al gordo. Fatty dejó la metralleta, abrió el maletín y contó los billetes.

—Aquí hay sólo quinientos mil dólares —dijo el tuerto.

Un rictus endureció el rostro repulsivo de Twain. Levantó el revólver y apuntó al pecho de Lou.

—¿Cuál es la trampa, cerdo?

—Tengo otro maletín con el resto del dinero. Pero antes de entregároslo quiero ver a las mujeres.

El rictus se deshizo en una expresión burlona.

—Sube a las zorras, Fatty.

El gordo dejó el maletín, recogió la metralleta y fue a la cabina de la torpedera.

Lou supuso que habría otros dos tipos dentro. Uno en el timón y otro custodiando a las mujeres.

Louella apareció en primer lugar y se hizo a un lado para ayudar a las demás. Mary Baxter miró a Lou y sonrió con timidez. Luego surgió el rostro precioso de Estrella Cerezo, pálido y descompuesto.

—El resto del dinero, perro —dijo el tuerto.

—No, primero las mujeres pasarán al *Santana*.

—Voy a matarte si complicas las cosas —advirtió el tuerto.

—Cumpliré mi parte del trato, pero no confío en ti —dijo Lou.

Twain lanzó una risotada.

—¡Fatty, déjalas en libertad!

Mary Baxter saltó a la cubierta del *Santana* y luego lo hizo Estrella Cerezo.

Lou no entendía por qué aquella hermosa mujer, la que había salido en primer lugar y a la que reconoció como Louella Dixon, permanecía todavía junto a la puerta de la cabina de la torpedera.

Y entonces ocurrieron dos cosas. Primero, Nick apareció en la timonera con el lanzacohetes entre los brazos, oculto a la mirada de los piratas. Y, después, Louella ayudó a salir a cubierta a una mujer que Lou había visto antes.

Y se desató la batalla.

Nick reconoció inmediatamente a Sally y salió al descubierto, incapaz de controlarse.

—¡Sally! —gritó.

El tuerto lo buscó con su revólver, mientras Louella empujaba a Sally por encima de la borda a la cubierta del *Santana*.

Lou sacó el Smith & Wesson y disparó sobre Fatty en el mismo momento en que Louella procuraba llegar al yate de un salto y Nick apretaba el disparador de su arma.

El cohete entró en la cabina y estalló. La mitad de la torpedera voló por los aires y Louella cayó al mar entre los dos barcos. El disparo del tuerto alcanzó a Lou en el hombro y lo arrojó hacia atrás, mientras Carol disparaba desde la cabina.

Un disparo alcanzó a uno de los marineros que manejaban la ametralladora de pie. El otro lanzó una ráfaga imprecisa que astilló la parte superior de la timonera.

Desde el suelo, Lou descargó el Smith & Wesson sobre el tipo, que murió doblado sobre el cañón humeante de la ametralladora.

El tuerto y los dos marineros con chaquetones del ejército no estaban a la vista.

La torpedera comenzó a alejarse del *Santana*, a la deriva.

—¡Louella! —gritó entonces Sally.

Nick corrió hacia la borda y vio a la bella actriz, en medio de una mancha de sangre, que flotaba exánime. Sin pensarlo un instante, se arrojó al mar y nadó hacia ella.

Carol salió del interior de la cabina y se precipitó hacia Sally.

—¡Dios mío, Sally! ¡Estás viva!

Las dos hermanas se abrazaron y entonces Carol descubrió a Lou con

el brazo izquierdo bañado en sangre.

—¡El fusil! —gritó Lou.

Carol sacó el fusil oculto detrás del salvavidas y se lo arrojó, Lou lo cogió con la mano sana, lo apoyó en la cadera y lo alzó.

El tuerto había conseguido arrastrarse hasta la ametralladora de pie y, apartando al marinero muerto, procuraba apuntar al *Santana*.

Lou disparó dos veces. El primer disparo entró en el estómago de Twain y el segundo le destrozó la mano derecha. El tuerto cayó hacia atrás y quedó sentado contra la borda de babor de la torpedera con una expresión estupefacta.

Lou buscó a Nick en el mar y lo vio a unos treinta metros nadando hacia el *Santana* y remolcando a Louella Dixon.

—¡Dios mío! —gritó Mary .Baxter—. ¡Son tiburones!

Tres aletas dorsales hendían el mar calmo en dirección a la pareja que evolucionaba entre las olas.

—Carol, busca tu arma y procura no errar los disparos. Hay que abatirlos antes de que les atrapen.

Lou y Carol dispararon sus poderosas escopetas de caza sobre los escualos, tiñendo el mar de sangre, hasta que Nick y Louella estuvieron a bordo. Un minuto más tarde, una decena de tiburones rodeaba el *Santana*, atraídos por la sangre derramada.

Nick buscó su lanzacohetes, puso un nuevo proyectil en el tubo y apuntó al tuerto.

Twain, a una veintena de metros del yate, había asido el maletín con el medio millón de dólares y lo apretaba contra su pecho.

—¡Bastardo! —gritó Nick—. Vas a decirme dónde tenéis vuestra guarida o te pulverizaré.

Louella abrió los ojos y vomitó.

El tuerto sonrió y, repentinamente, pareció darse cuenta de su verdadera situación y comenzó a temblar.

—¡Habla! —gritó Lou.

Los labios de Twain procuraban articular las palabras que construía su cerebro, pero el temblor le impedía pronunciarlas.

—No hay más guarida..., el jefe la ha destruido..., estaba en los Everglades..., ¡por favor, me estoy muriendo!

—¡Mientes! —aulló Nick.

—¡NO!

—¿Quién es el jefe? —preguntó Louella.

—Ahora debe estar navegando hacia Miami —dijo Twain con esfuerzo.

—¿Dónde le entregarías el dinero? —preguntó Nick.

—Tenía que... dejarlo mañana por la mañana, a las siete, en el maletero de un Oldsmobile, a diez kilómetros al norte de Naples. Sobre..., sobre... la playa...

—Vamos a buscarlo —dijo Carol.

Nick, abrazado a Sally, había dejado caer su arma y miraba fascinado cómo la torpedera se alejaba lentamente, rodeada por los tiburones enfurecidos, que devoraban a sus congéneres muertos.

Y entonces, impresionantemente, la torpedera estalló.

Fue una explosión brutal, que les arrojó sobre la cubierta y zarandéo al *Santana* como

una ola gigante.

—Todo ha terminado aquí —dijo Lou.

—Falta el jefe —añadió Louella.

Nick besó con fuerza a su mujer.

—¿Cómo es que estás aquí? —preguntó.

—Louella pagó mi rescate. Doscientos mil dólares —dijo Sally.

—Así que era eso —sonrió Nick y, arrodillándose junto a la actriz, la besó ostentosamente en las mejillas.

—Estamos a mano, muchacho. Tú me has salvado la vida.

—Y aún tenemos setecientos mil dólares —anunció Lou. y añadió—: Me gustará ver a vuestros hombres repartirse el saldo.

* * *

Un individuo alto, vestido con un traje blanco de hilo y mocasines italianos, se bajó de un Ferrari y se dirigió al Oldsmobile aparcado en el arcén, junto a las dunas que miraban al Atlántico.

Abrió el maletero y sacó un maletín. Sonrió satisfecho y regresó al Ferrari. Estaba abriendo la portezuela, cuando resonó la voz.

—Un movimiento en falso y estás muerto.

Un inspector de la policía de Naples apareció dentro del Oldsmobile y le apuntó con su arma de reglamento. Luego sacó un silbato y sopló con fuerza. Un minuto después había allí veinte policías rodeando al figurín.

Bob Litieri obtuvo las primeras fotografías del arresto y agradeció a Lou la primicia.

Nick y Sally se mantuvieron atrás, junto a Carol y Lou. mientras Louella avanzaba hacia el tipo.

—Hola, perro. ¿Te acuerdas de mí? —preguntó la actriz.

—Sí.

—El resto de la pandilla no ha querido venir. Están desayunando en la villa de Finnegan.

Pero yo he querido darte una despedida. Irás a la silla eléctrica y cuando estés sentado con el culo a punto de ser emparrillado, recordarás esto... —y a continuación, Louella le sacudió una bofetada que estuvo a punto de arrojarle al suelo.

Luego, sin dirigirle una sola mirada, se volvió hacia donde le esperaban las dos parejas.

—Ahora sí, todo ha terminado —dijo Louella.

—No, todavía tenemos que hacer ese famoso crucero frustrado —dijo Lou—. ¿Crees que podrás conseguir un acompañante, muchacha? Zarpamos mañana al mediodía en el *Santana*

—¿Yo? ¿Un acompañante? Soy Louella Dixon, la musa sensual del celuloide... ¿Tú qué crees?

—Trae a quien quieras, pero olvídate del árabe, sólo sabe orinarse en los pantalones —

bromeó Nick.

—No os preocupéis, esta vez escogeré a un buen chico. Tengo que pensar en el futuro —

replicó Louella y su carcajada compitió con el rumor próximo de las olas.

—¡A casa! —dijo entonces Lou—. Necesito una copa.

—¿Sólo una copa? —bromeó Carol.

—¿Lo veis? —se carcajeó Louella—: Nadie es inocente.

F I N

«SUPER VOG»

(El "pierde kilos")

Cinco minutos de VOG equivalen a 10 km. en bicicleta o 5 a pie. Con ello será suficiente para perder esa fea barriga y obtener la figura deseada. Se acompañan instrucciones para realizar los más variados y sencillos ejercicios. Especial para hombres y mujeres.



Caballero Rfa. 1.164 **650** — Plus

Señorita Rita. 1.115 **590.**— Ptas.

—SUPER— Rfa. 2.177 **950.**— Plus



BAZAR POPULAR

**Condiciones para
America, pedir
información.**

**SATISFACCION
GARANTIZADA
O DEVOLUCION
DE SU DINERO
SEGURO**

RELOJ DIGITAL ALARMA
MUSICAL



Bello y moderno diseño,
producto de la más
reciente técnica japonesa

Hfa. 2.077

1.950
Plus

HORAS, MINUTOS,
SEGUNDOS. MES, DÍA
DEL MES Y DÍA DE LA
SEMANA. ALARMA
MUSICAL QUE PUEDE
PROGRAMAR PARA
QUE LE AVISE O LE
DESPIERTE CADA
MAÑANA.
MICROLAMPARA PARA
PODER VER LA HORA
EN LA OSCURIDAD
CAJA Y CORREA EN
ACERO INOXIDABLE.
CON CIERRE
FACILMENTE
REGULABLE A TODAS
LAS MEDIDAS DE
MUÑECAS

-CUPON DE PEDIDO A PRUEBA

SI EN EL PLAZO DE 8 DIAS, NUESTROS ARTICULOS NO LE SATISFACEN
PLENAMENTE, LE GARANTIZAMOS LA DEVOLUCION DE SU DINERO.

REF.	ARTICULO	PRECIO
GASTOS DE ENVIO		200
IMPORTE TOTAL		

☐ PAGO A REEMBOLSO
☐ PAGO EN SELLOS DE CORREO

☐ PAGO A REEMBOLSO
☐ PAGO EN SELLOS DE CORREOS

Nombre _____
Domicilio _____
Población _____
Provincia _____

BAZAR POPULAR - Apertado 14 020

BARCELONA



8 410018 011493



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.